JOAQUIN
EDWARDS
BELLO

NACIONALISMO CONTINENTAL

zig-z

Narradores Chilen

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A. 1968. Derechos re
dos para todos los países. Inscripción N.º 35.122. Sa
de Chile. 1968.

Joaquín Edwards Bello

NACIONALISMO CONTINENTAL

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

zig-zag

Dedicatoria

A mi querida esposa Martha, Angel de la Guarda, inspiradora, animadora, cordial e inteligente, sin cuya sombra no existirían estas líneas,

su

JOAQUÍN

Prólogo

Joaquín Edwards Bello

Hace años que la presencia y la chilenidad de Edwards Bello no nos confortan en París o en Ma-rid, y que nos falta su conversación coloreada, tal vez la más criolla entre las que hemos disfrutado, con la de Ventura García Calderón. Hace seis o siete años que no repasamos nuestra América con el americanismo ojeando sucesos, personas y libros.

Hay hombres que pueden ir y venir por los continentes, o que pueden vivir en solar nativo leyéndose las novedades literarias extranjeras de cada correo, sin que la lengua que hablan se les estropee y sin que la costumbre en que nacieron se les corroa de los muchos ácidos que se trae el cosmopolitismo. Parece que la raza los dio subrayados o que los hizo con un designio especial, poniendo en su fórmula el repertorio de sus esen-

cias, sin que le falte una sola. Son la receta com-
pleta. Los demás cogemos un manojo de atributos,
o una que otra virtud solitaria, y con eso y sobre
eso trabajamos, sacándole los recursos posibles;
aquéllos son a la vez una especie de hijos y aho-
jados de su país; han recibido de él la perfecta
semejanza física más cierto soplo iniciático de su
secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en
la oreja de Apolo, por el cual la tierra (la serpien-
te) traspasaba su secreto. Los demás parecemos
gentes informales del negocio racial; ellos son la
gestión racial misma.

"Como la esponja que la sal satura", que de-
cía Rubén, ellos han vivido la casta en atmósfera,
en orografía sensible y en abismo abisal. Saben mu-
cho, y no del saber que viene de la averiguación
documental, sino del saber verdadero, que es una
como experiencia visceral de la raza; ellos forman
su entraña y le han vivido las emociones su-
periores como las inferiores, y son los verdaderos
hijos rezumados del tejido materno.

El libro de Edwards Bello que llega de Chile
será siempre, por esto, un cuajarón de nuestra san-
gre, a veces trágica, en las revoluciones, a veces
idílica, en la rumia de una infancia; valdrá por un
regreso a la tierra en la recolección de imágenes
borroneadas y pondrá a hervir los sentidos en un

acto, una vista y un olfato resucitadores de las realidades perdidas.

Creen algunos racistas que nos están brotando, que basta llamarse Pérez o González para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires, los limos y la criatura criollos. Este americano les contestaría irónicamente con su "Edwards" y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indianidad nuestra, a menor dosis, más fuerte. El cuasi-indígena, con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo, vive echándose atrás como se aparta la guedeja sucia de la frente el terrible porcentaje, desesperado de ser lo que es y decidido a re-crearse español; el cuasi-blanco vive menos preocupado de la ecuación; se la acepta y hasta se la mima. El blanco total, criado en tierra de América, y que participa de la americanidad solamente en paisaje y costumbre, ¡y basta, y basta!, ése suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos; declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana. Existen, naturalmente, los blancos envalentonados de la venazón clara del brazo y de otras venazones problemáticas e interiores, pero afirmo la deslealtad sin superlativo del mestizo al aborigen.

Edwards Bello domina en pleno los dos hemisferios del escritor: la descripción y la narración, posee la mirada eficaz, la fantasía batidora; el demiurgo que nos hace le labró el ojo recogedor y el otro que está más adentro y que es el "transformador". Le han dicho incorrecto, desmañado y sin desbrozar, por cierto desenfado viril con que escribió en sus mocedades, por un desembarazo muy chileno que había en su escritura, tan vivaz como su charla. Le han hecho reparos algunos que padecen su perfección como un reuma articular o como una tortura de cuentagotas. Esos mismos lo han leído con placer, porque esta prosa es de las más placenteras entre las que tenemos, de aquellas prosas de regato ágil y retozón. Una se le entrega como a la corriente, sin examinarla mucho, sin estropearse con la pedantería la dicha buena, y que ya escasea, de que nos cuenten con soltura y nos describan vitalmente, a puñados de color y de formas. El ha sido fiel a sus virtudes primeras y aunque después ha embridado el período y celado el concepto, este último libro, Valparaíso, la ciudad del viento, es bien hermano de La muerte de Vanderbilt.

Entre novela y novela, Edwards Bello ha he-

cho veinte años un periodismo fértil que algunos llaman el mejor de Chile. Me lo leo tardíamente en esta parcela, y me duele la carencia de la crónica nacional, salida de su mano, como un desmutrimiento de lo chileno.

Las antipatías más comunes de Edwards Bello en su solar —que no en el continente— se las ganan, mejor que sus obras. . . , las cualidades de su carácter. Hijo más reprendedor de su padre no le nació a nuestro viejo Chile, satisfecho y sentado en sus prestigios, sentado como en una butaca de buen marroquí y de caoba hermosa; sentado y asentado con cierta dignidad y no poquita soberbia. El marroquí se avejentó deslustrándose; la caoba comenzaba a criar comejenes. Lo decían algunos y pocos se lo creían. El patricio, que no lo volteaba nunca, sufrió un buen día el sentón repentino. Edwards Bello, patricio él mismo, ni tuvo la butaca ni el regodeo en ella, ni la sorpresa malaventurada. Su asombro, como el mío, había sido el de que eso durase tanto tiempo. El roto fue un anuncio medio zumbón, medio colérico, al país apoltronado, y se lo injuriaron o se lo mofaron. Cierto patriotismo también se parece al viejo hidalgo pulcro y sin experiencia de vendavales; abomina de los relatos crudos; pone mal gesto a la Celestina y al Lazarillo y le disgustan también los

relatos telúricos. El ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván donde hay inmundicias amontonadas o cachivaches en putrefacción. El no quiere saber nada ni del terremoto, remecedor de la casa entera, aunque ambas cosas, pestes y temblores, formen también parte de la ley... y de la normalidad.

Relatos de infancia

Infancias; ésas debiéramos escribirlas todos. Algunas veces me he pensado que la mejor Geografía Pintoresca de nuestros países sería la que resultase de unas diez infancias escritas por diez buenos veedores de las suyas en otras tantas regiones de Chile, o de Colombia, o del Perú. El niño ve bien la tierra y la costumbre, al verla con ojos nuevos y novedosos. El niño que viene "de otra parte" mira como el extranjero, con choques de diferencia, medio herido y medio complacido de éstos. Es "un buen ver".

Le agradecemos esta infancia removedora por contraste de la nuestra, en cuanto a algunos aspectos, y en otros, completadora de la nuestra. Se la recibimos como un regalo cariñoso que él mandara a los ausentes. Se parece a un sobre que nos hubiese llegado lleno de "calcomanías" chilenas, y

pongo esta linda palabra que han envilecido en su sentido verdadero de estampa jugosa, de fácil manipulación de nuestra mano con ella, de contorno fijador e ingenuo de las cosas y de un entretenimiento tierno.

Lado a lado con el chileno, hay en Edwards Bello un continental, un sudamericano en posesión de sus veintidós pueblos. Esta es la vida racional que nos corresponde y se parece a un existir con el cuerpo entero. Vivirán así, en cincuenta años más, nuestras gentes todas; y por allí serán más ricas y generosas hacia sí mismas y hacia los otros. El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de sus mejores propagandistas, y la conciencia chilena, en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad, le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande, nuestro país.

Le ha faltado para tomar proporciones de maestro, un poco de pedantería de sociólogo o de suficiencia de pedagogo, o de matonesca pecha política. Hay en él, por el contrario, simplicidad criolla, alegría de campeón deportivo, inteligencia castigada. Debiera ser ya como Alfonso Reyes o como Víctor Belaúnde o como Gonzalo Zaldumbide, Ministro de Chile en cualquier capital de habla española. Chile va a cumplir con él tarde, si cumple,

y le desaprovechará sus briosos años de dionisismo mental de creación jocunda. Chile no ha salido sino a medias, como la sirena, de una especie de vejestorismo político o administrativo, que ha sido su enfermedad postcolonial. Las canas por allá son todavía virtud purifica y la cara tersa un documento de no fiar.

GABRIELA MISTRAL

Madrid, 1934.

Mensaje de Haya de la Torre a Joaquín Edwards Bello

Querido señor Edwards Bello:

He escrito a usted esta carta, por intermedio de "Repertorio Americano", que es el mejor trasmisor y receptor de las diversas corrientes intelectuales que se agitan en América Latina. Y le escribo a usted esta carta, porque justamente acabo de leer en "Repertorio" la reproducción de algunas páginas de su libro Nacionalismo continental, *del que sólo conocía una referencia del tipo de las que se publican en el periódico liberal-burgués* El Sol, *de Madrid, que tan ingenuos y equivocados puntos de vista sostiene respecto de nuestra América.*

Las líneas de su libro acusan un nuevo género de literatura, el género por el que estamos clamando los hombres de mi generación, cansados de ese

verbalismo tan español y tan enervante que tiene invadida América Latina y que tanto contribuye al confusionismo que nos ahoga. El género de su literatura es económico, realista, y esto, sólo esto, asegura que su libro no va a perderse en las vaguedades retóricas de la gran mayoría de los hombres que en nuestros países quieren resolver sus problemas fundamentales con palabrería, con charlatanería de andaluces, más o menos agradables.

Un libro como el suyo tiene que contribuir eficazmente a destruir todo ese castillo de literatura sentimental con el que se quiere defender a América Latina del gran peligro histórico que la amenaza. Por lo que acabo de leer, parece que usted dice —y éste es mi grito desde hace tres años— que el imperialismo yanqui, que amenaza a América Latina, no es sino un hecho económico, y que, para defenderse de él, para estudiarlo, para dar el grito de alerta a nuestros pueblos adormecidos, es preciso señalar el riesgo tal cual es.

* * *

Mientras se hable de "la raza" (¿cuántas razas hay en América Latina?) o de la "cultura", estaremos dando palos de ciego. Mientras nues-

tros pueblos no comprendan que los están vendiendo, y que esa venta la hacen las clases dominantes de cada país, porque ellas son partícipes en el negocio, *mientras no se concrete el peligro imperialista en sus verdaderos límites de hecho económico, estaremos ayudando, como inconscientes traidores de nuestros pueblos, a la traición consciente de las oligarquías que nos venden.*

Chile ha visto la pantomima de un Congreso Panamericano en el que la voz del delegado del pueblo dominicano, Morillo, fue desoída en forma insultante. El rechazo de Morillo en suelo latinoamericano es la más monstruosa humillación de nuestros pueblos; pero el pueblo chileno y su valiente juventud —esa valiente juventud de Gómez Rojas— no hicieron nada, probablemente porque desconocían que el grito de Morillo era el grito de un pueblo oprimido, masacrado, robado y violado por los soldados de aquel "apóstol" Wilson, que autorizó el bombardeo de Veracruz y la ocupación militar de Cuba. Después de eso, Chile ha llamado una "misión financiera" yanqui y le ha sometido a su contralor la economía de su administración, confesando ante el mundo incapacidad por parte de los nacionales.

¿Y en cuanto al Perú? La Prensa, *de Lima, diario oficial de la tiranía, llamaba editorialmente*

a Leguía, el 10 de octubre de 1924, "el hombre de Wall Street".

Usted sabe, como yo, que mi país está enteramente vendido al imperialismo, y que el Gobierno está bajo las órdenes de la Embajada yanqui en Lima.

Sin embargo, usted lo dice, "ni una protesta por la enajenación del estaño, etc." Los pueblos del Perú y Chile, engañados, agitados, enfurecidos por "los hombres de Wall Street", no tienen ojos para ver que el conquistador está en casa, ni oídos para oír el rumor de sus nuevas cadenas. Para desorientarlos se ha inventado "el patriotismo". La demagogia chauvinista de los políticos profesionales ha sido la mejor Celestina del imperialismo.

Por haber dicho esto y por haber declarado mi más completa solidaridad con el pueblo chileno, al que creo tan engañado y tan víctima de sus clases dominantes como el pueblo peruano; por haberme rebelado contra esa farsa chauvinista que sólo sirve para favorecer la política del imperialismo, que significa la esclavitud definitiva de nuestros pueblos; por el delito de no ser un sentimental y haber señalado los problemas reales de mi país, estoy proscrito.

Naturalmente que sigo trabajando, sigo tra-

bajando sin descanso porque nuestros pueblos vean claro que el único camino para defenderse del imperialismo es unirse, organizarse y disciplinarse en un gran Frente Unico que arrebate el poder político a las clases gobernantes que nos están vendiendo, y renueve la vida política latinoamericana, confederando los veinte pueblos dispersos y reorganizando su economía bajo el contralor de las clases productoras.

Pero para este gran propósito precisa la acción de todos los trabajadores manuales e intelectuales jóvenes de América Latina, y que en cada país se constituya y organice y extienda la sección militante de un gran Frente Unico.

El primer paso es revolucionar los trasnochados hispanoamericanismos o latinoamericanismos que claman por "razas", "culturas", "espíritus", etc. Derribar esa literatura americanista envejecida, y erigir una nueva literatura latinoamericana del tipo de la suya. Así fue en sus últimos tiempos la de José Ingenieros, que tan calurosamente siguió el llamamiento de esta nueva generación que en América Latina está tratando de concretar en su verdadero sentido histórico el gran problema de defender la soberanía de nuestros pueblos de la garra imperialista, castigando la traición de las clases dominantes.

Brevemente le he escrito este mensaje, porque quiero que sepa usted que un peruano libre saluda con todo entusiasmo la aparición de un libro nuevo y renovador. Más que todo, saludo la intención, el espíritu o, si se quiere, el realismo de la obra. Nosotros no pedimos más a los escritores latinoamericanos, sino que nos hablen de sus países, que nos digan cuántas empresas yanquis explotan su suelo y sus hombres, y cómo y en manos de quiénes marcha la máquina económica de sus Estados. Eso es la literatura nueva que necesitamos, aunque, como en los libros de Manuel Ugarte, las conclusiones fueran todas equivocadas. Pero queremos, en la cuestión latinoamericana, una literatura de hechos, realista, económica. Creo que éste es el clamor de las vanguardias antiimperialistas de la nueva generación latinoamericana.

Le abraza fraternalmente,

HAYA DE LA TORRE

Londres, 23 de mayo de 1926.

Qué piensan de nosotros en Europa

Estamos de acuerdo con los viajeros observadores cuando llegan de Europa y nos dicen que el arte iberoamericano, sin raíces en las modalidades nacionales, carece de interés en ese continente, por cuanto es opaco reflejo del arte de ellos.

La imitación no puede interesar al que entrega el modelo. América no hace otra cosa que aplicar el papel de calco a Europa; por esta razón estamos rebajados ante ella. Es natural: ¿Quién no siente inferior y ridícula a una persona que le imita la manera de andar, de peinarse o de ponerse el sombrero? Por esta razón sale de tarde en tarde un europeo vaciándose en verdades contundentes respecto a nosotros. Si no fuera por el interés de los Gobiernos y clases manufactureras de Europa, es posible que estas verdades fueran más crudas y frecuentes. Nuestra América ha tenido

invariablemente la actitud de sometimiento ciego y servil a todo lo europeo. Esperamos los artículos manufacturados, las leyes, las modas, las gentes, con interés patológico. En esta condición de espejo hemos vivido, sin personalidad ni iniciativa. Por la manía de hacer todo como en Europa, nos ha pasado lo que a esos niñitos acostumbrados a ir de la mano, y que, en cuanto quedan solos, se atolondran y tropiezan. El prestigio que han gozado los extranjeros, y las facilidades que se les dan, provienen de esa locura, de esa fiebre por lo europeo. El fenómeno tiene múltiples facetas: una de ellas es el renombre creciente de los políticos que permanecen algunos años fuera del país, y el recibimiento desproporcionado que les hacen en cuanto llegan. Un caballero inglés que reside en Chile cincuenta años, decía que las estafas de Paraff fueron posibles por el respeto cerrado a los europeos.

Por la imitación perdimos el arte noble y austero de la Colonia, para saturarnos de un mal gusto coruscante.

En Chile, donde el arte autóctono era nulo, comparado con el de México y Perú, solamente podíamos apoyarnos, para buscar una tendencia artística propia, en el período colonial. Este arte se perdió, las cosas viejas fueron cambiadas o destrui-

das, como el Puente de Cal y Canto y los muebles enchapados de La Moneda. Las casas viejas enajenaron sus nobles muebles de ayer para comprar atrocidades estilo Luis XV. Actualmente volvemos a lo colonial, pero a un estilo colonial fantástico, y que, lejos de tener apoyo en nuestra propia Colonia, es importado, aunque parezca increíble, del arte norteamericano que florece en California y Texas.

Consideramos de mal gusto lo regional. Es que estamos inficionados por el patriotismo atroz de las colonias extranjeras, cuyo desprecio por la mano de obra cunde en desprecio por América. Sin embargo, la variedad panorámica, el desorden psicológico y la pugna sorda con el Norte son un vasto surtidor de patética originalidad.

Piezas de arte en la novela americana, como *María*, de Isaacs, o *Canaán*, de Graça Aranha, adornadas con potentes cuadros nacionales, en las cuales se siente la vida americana a borbotones, se van haciendo, desgraciadamente, raras. Además de los cuadros nacionales, en esos libros baten las alas del talento. Porque no se trata sólo de llamar al papá, taitita, y a la mamá, mamita, para crear novela americana.

Llevar a Europa, de vuelta, arte de imitación,

sería como llevarles a los ingleses un *dreadnought* de palo.

Por ese espíritu inveterado de imitación y ausencia de genios creadores, cunde el desprecio por nuestra América.

Provista de escasa imaginación, acostumbrada a las cosas hechas, nuestra sociedad pierde la iniciativa aun en sus formas simples; así tenemos que el 1.º de mayo los diarios publican, para la Fiesta del Trabajo, en las ediciones matutinas y vespertinas, el mismo hombre musculoso pegando en el yunque con el martillo. En un día 1.º de enero los diarios publican alegorías de las estaciones del año, tomadas de Europa, es decir, con el mes de diciembre todo nevado... No cabe mayor pobreza.

Creemos que la fuerza y vigor intelectuales de los europeos provienen de que se acostumbraron a inventar, a crear, a evolucionar, a organizarse de una manera independiente, para la vida.

Es importante la grandeza de los países, el vasto conglomerado de humanidad, para que se produzca la obra grande. Las naciones diminutas tienden a producir cosas diminutas, en proporción. Por eso pensamos que el desmembramiento de América, de la República de Bolívar en repúblicas débiles, ha sido a la vez un golpe asestado a

nuestras fuerzas individuales. En la industria y la ciencia, el hecho es manifiesto; en el arte parece más misterioso, pero nos inclinamos ante la realidad de esta pobreza general de mentalidades y la incomprensión colectiva de las naciones despobladas e históricamente pequeñas.

Sin la Guerra de Secesión serían imposibles las alas de Edison, de Ford, de Rockefeller, y ni existiría ese rascacielos de la poesía llamado Whitman.

Recordemos que Rubén Darío asimiló una inspiración continental. Desde luego, todo esfuerzo individual necesita ese ambiente, que es difícil encontrar en las naciones pequeñas. Los grandes países tienen, además, la cualidad de atraer a los talentos de otras tierras ingratas. El caso del aviador Santos Dumont, genio sudamericano consagrado en París y definitivamente afrancesado, es muy claro.

Bolívar es célebre por cuanto tuvo una tarea excepcional y un escenario grandioso para demostrar su genio. Nació en el mayor momento de nuestra América; después el escenario se dividió en pistas sin importancia, perdiendo el continente su grandeza. Nuestra América fue interesante cuando representó un valor histórico universal, esto fue durante la Conquista, la Colonia y la Inde-

pendencia, épocas de trascendental importancia. Todo se ha diluido con la separación en republiquillas, sin influencia en el concierto universal, sin importancia decisiva, en un opaco rol de consumidores y mano de obra, ideal e industrialmente a remolque de la civilización. El rumor solemne de la Historia se ha apagado; representamos notas dispersas, sin orden, en la armonía del género humano.

En realidad, América no es el vergel insólito, el Edén, sino una nueva Europa empequeñecida, o, mejor dicho, una despensa o hacienda de Europa.

No se diga que es demasiado joven para crear como debiera[1]. La América toda tiene la misma edad, y la parte sur no ha producido ni en la ciencia, ni en la industria, ni en el arte, algo parecido a los Estados Unidos del Norte. No hay un solo cientista iberoamericano que haya producido algo decisivo para la ciencia humana, ni un descubrimiento o invento. Entregamos materias primas, producción animal: trigo, avena, café, cacao, cobre. Y, aunque sea muy penoso decirlo, el metal que nos sacan las empresas extranjeras vuelve en pe-

[1]Santiago y Lima son ciudades más viejas que Nueva York, si nos remitimos a la fecha de su nacimiento o fundación.

queña proporción, manufacturado, y entonces pagamos derechos de aduana.

En el arte ocurre algo parecido, y aun en este campo sufrimos de mirajes fantásticos. Cuando Francis de Miomandre traducía a un famoso escritor, orientador de juventudes americanas, decía que nada de lo que leyó era nuevo. Fulgurante novedad en nuestra América; para un conocedor de los filósofos franceses, carecía de interés.

En el extranjero se interesan por nuestras obras literarias cuando son capaces de revelar aspectos nuevos de humanidad.

Existe, sin duda, una América inédita, y el mundo espera la revelación. Un grupo reducido de escritores regionales modernos se abre como una fucsia, como la flor que sorprendió al *viracocha* en el bosque virgen.

No pretendemos negar el valor del arte no regional. Pero lo cierto es que la obra, sin raigambre en el panorama, ha revestido un carácter simiesco intolerable.

Estamos conformes en que el mundo tiende a convertirse en vasto coctel, o batido de todas las costumbres de los pueblos; pero este batido, sin los granos de palpitaciones regionales, daría como resultado la atroz monotonía universal que hizo pensar al desencantado hidalgo Fadrique Mendes

en aquel negro del Congo que lee *Le Journal des Débats*. Se pueden pedir materiales extraños, con la condición de saber fundirlos en las ánforas matices, a la manera de nuestro Darío, que, no obstante su afrancesamiento, mostró una lujuriosa lujuriosa reminiscencia, un aroma de vergeles inconfundiblemente de América.

El nacionalismo artístico disipará la calígine como un telón que se levante.

Un periodista francés, en la Sociedad de Naciones, nos preguntaba:

–¿Cuándo dirán ustedes su secreto? Porque América no puede ser esta gente que viene a hacer zalemas y a buscar relaciones en el gran mundo... A este respecto, debemos recordar la actitud de los delegados sudamericanos en Ginebra, rivalizando entre ellos con el fin de conseguir el honorable lugar en el Consejo.

En cuanto a las obras americanas que pretenden imitar a Europa, tienen un sabor a carne congelada; huelen a cadáver.

Nos contó un viajero llegado de París, que asistió al primer concierto de un músico iberoamericano, anunciado como celebridad, lo siguiente: Los críticos musicales le escucharon con interés. Al terminar su presentación, dijeron los

expertos: "Sí, no está mal; pero es Debussy, es un pequeño Debussy".

Era un arte de ida y vuelta, muy fresco en América, fiambre en París.

La pegajosa cursilería de las colonias anglosajonas de América hace desviar la atención de lo nacional, que considera inferior. Esas sociedades extranjeras, apenas desprendidas de Europa, radicadas en el país mientras se enriquecen, infestan el gusto.

¿Es el norteamericano superior al iberoamericano?

Vamos a explicar simplemente el imperialismo, como una fatalidad. Para las naciones pequeñas como la nuestra, la fuerza de expansión de otras se yergue como una cosa fatal e implacable. Este es el hecho.

No creemos que nosotros, chilenos, seamos ni más ni menos buenos que los norteamericanos, ni más ni menos eficientes; lo que hay es que actuamos dentro de escenarios fatalmente empequeñecedores; ellos están formando parte del organismo que devora y nosotros del organismo devorado. Estos organismos enclenques, acechados por los incorporadores, sí que son infelices. Los países exiguos y pobres carecen de espíritu religioso y de patriotismo, por cuanto el patriotismo y la religiosidad se confunden y quieren decir agradecimiento. Amar a la tierra que nos vio nacer, hasta el de-

lirio, es el primer paso para amar a Dios. La ca
sa primera de nuestra inferioridad individual es
colectiva, engendradora de envidias y donde ten
ce toda ansia de justicia de la masa al hombre
del hombre al hombre. En los grandes organismo
nacionales triunfan los mejores, porque las mas
fuertes son perspicaces y justicieras; en las naci
nes enclenques triunfan los maltrechos, los débile
y los mezquinos. Creemos que la grandeza de una
nación influye en el temperamento de ciertas em
presas que encarnan a su vez en individuos, pero
no creemos en la superioridad intrínseca de los in
dividuos. Es preciso ser demasiado ingenuos para
creer así.

El norteamericano del tipo medio goza de una
cultura media igual a la de cualquier chileno, pero
lleva en sí el concepto de la fuerza colectiva y de
sus inmensos resultados. No es grande Edison, sino
Norte América; no es grande Ford, sino Norte
América. Claro que ellos, al engrandecerse, se con
virtieron en tipos representativos, o arquetipos, pe
ro es casi seguro que, con el mismo temperamento
el mismo esfuerzo y el mismo talento, no hubie
ran salido de la mediocridad en cualquiera de las
dieciocho repúblicas iberoamericanas.

En el Cosmos del Norte, los seres adquiere

mayor fuerza dinámica, sea cual fuere su linaje u origen.

El norteamericano del tipo medio tiene las mismas ideas generales de segunda clase que el iberoamericano del tipo medio; eso sí, es más disciplinado; cree en la ley, la acata, y respeta a los hombres de Gobierno; es más recto y su alma más serena, por cuanto el reconocimiento de los méritos, la idea de que la virtud en cualquier orden obtiene su premio, le hace más fuerte y confiado. Posiblemente el actual americano del Sur, víctima de estas condiciones de vida en más de un siglo, se irritó hasta devenir inferior. En todo caso, un individuo de nuestra América, trasladado a medios más amplios y generosos, da mejores resultados.

El momento inicial de la grandeza norteamericana se define en la guerra por la unión, o fusión de los antagonismos. Estos eran tan grandes entonces como en nuestra América. El triunfo del espíritu de cohesión creó al superpueblo norteamericano actual, fruto de la grandeza territorial, la inmensa riqueza y la libertad absoluta del resto del mundo, basada en la libertad económica. Ortega y Gasset recuerda que Mommsen, al empezar su historia romana, escribió estas palabras de avasalladora elocuencia: "El imperio romano fue

un vasto sistema de incorporación". Eso mismo ha sido el pueblo norteamericano desde que nació hasta ahora: incorporador, o devorador, usando la expresión de Larra. Incorporó por sucesivas inmigraciones de variada categoría, que no cesan hasta ahora; incorporó territorios de México y España, dividió a Colombia para hacer un canal comercial y estratégico y, finalmente, en la Guerra Europea ha completado su reserva metálica incorporando hasta la tercera parte del oro del mundo.

Ante esta realidad palpable, irresistible, se alza nuestra pobre América dividida, como si, repetido el caso del Norte, hubiera triunfado el Sur contra Lincoln.

Ausentes del ideal unionista, las Repúblicas dispersas, orgullosas de libertades ficticias, son menos que Egipto y Australia, por la sujeción invencible al organismo centrípeto del Norte.

Explicar este imperialismo nos parece la mejor manera de combatirlo, por ahora. El que Estados Unidos domine en el mar Caribe y en el Canal nos parece natural. Estamos explicando leyes naturales. Que los norteamericanos, mediante su dinero y espíritu de empresa, quieran hacer buenos negocios en países a media evolución, nos parece tan claro como que los chilenos hagamos buenos negocios en Bolivia o en el Neuquén. Intentamos

dar las razones de nuestra inferioridad por la falta de cohesión y la carencia de leyes grandes y unísonas. Según nuestro entender, en los países pequeños todo tiende a ser pequeño en proporción, y viceversa.

El hecho es que en Chile no ha durado jamás una empresa nacional que, posiblemente, gastando el mismo esfuerzo y talento en Estados Unidos, hubiera prosperado hasta lo colosal. Las dos grandes casas de comercio chilenas en los últimos años se derrumbaron: Besa y Compañía; Errázuriz Simpson. Los negocios están condenados a la vida exigua o la muerte lenta. Aunque nuestra mano de obra es de las más baratas del mundo; aunque hacemos calzado inmejorable y muebles superiores, ninguna de estas industrias producirá un Hanan, porque las posibilidades de éxito son limitadas en las naciones sin grandeza colectiva.

No podemos creer en la inferioridad étnica del chileno, sino en la crueldad de la lucha por la vida y en el pesimismo contagioso del fracaso. Además, y es muy importante: en las grandes naciones, los fracasos aislados, los pesimismos individuales, los derrumbes, los defectos por ociosidad en ciertas capas sociales pasan inadvertidos o apagados por el ruido de los vencedores. En las naciones pequeñas se ven resaltar los defectos con

diáfana claridad. En las grandes no ocurre así, por-
que reina la armonía social infinita o balance equi-
tativo de los defectos y buenas cualidades. Es la
visión del fracaso colectivo, más o menos patente
en unos u otros, lo que nos hace pesimistas, la-
xos, muelles para el esfuerzo.

El ejemplo de lo que puede la fuerza colecti-
va en el desarrollo de los individuos, en su avenir
material y espiritual, es la condición del elemen-
to negro en los Estados del Sur de la Unión, com-
parados con los negros de Cuba, Brasil o Perú.
Nos referimos a los negros puros de idéntico ori-
gen y que viven en climas parecidos.

Es claro que, por la vida pequeña en naciones
pequeñas, nos acostumbramos a considerar una
cantidad de cosas las más naturales, como males
incurables. Por ejemplo, el que trabajen los tron-
cos de una familia para que los hijos puedan ser
abogados, o políticos, filósofos, o simplemente go-
zadores de la vida, es considerado como una de
nuestras lacras. Podemos asegurar que lo mismo
ocurre en todas partes, inclusive en Estados Unidos,
salvo rarísimas excepciones, que nos exhiben como
ejemplo. Hemos visto a más de un yanqui millo-
nario, en París, gastando su dinero bulliciosamente,
lo mismo, si no peor, que los indios rastas de
nuestras pampas. Es seguro que el hijo de Rocke-

feller o de Vanderbilt no va a lucir las mismas facultades para trabajar que su padre. Ni Edgar Poe, ni Walt Whitman, ni Mark Twain, trabajaron como obreros o industriales, y seguramente eran descendientes de algunos de esos primitivos y duros forjadores de la gran nación.

En las ciudades norteamericanas se exhiben los ociosos ricos y viciosos, como doquiera. En París y Londres son conocidos los ricachos norteamericanos por su vida de ocio y excentricidades. Nos hemos acostumbrado a considerar socarronamente, como síntomas de decadencia, los casos especiales de vidas viciosas o contemplativas, porque nos falta la renovación constante de los grandes organismos, donde la ausencia de tal o cual resorte individual no se echa de menos para la buena marcha del conjunto.

Los países pequeños, orgullosos de su autonomía, son arrastrados por la potencia asumante de los grandes. Ejemplo típico de nación exangüe es Portugal. No le queda más que el monóculo, facies misteriosa de mitad. Los alemanes llevan anteojos, señal de que manejan toda la cabeza; los portugueses llevan monóculo. Portugal es un país medio español, medio republicano y medio libre[1].

[1]El autor se refiere al Portugal de 1926, no al actual, en pleno resurgimiento producido por la vuelta a sus tradiciones de honradez, sencillez y trabajo.

El esforzado país suizo, ejemplo constante de virtud, no es más que un prodigio de resistencia. Su moneda obedece a Londres, y aun su arte es excéntrico. El auge del franco suizo es la ruina de la masa obrera. Las fábricas cierran por la imposibilidad de vender.

Lo que cambia el caso de Estados Unidos respecto a nosotros es su grandeza territorial, el inmenso mercado para sus industrias, el inmenso público para sus diversos géneros de actividades, su capacidad monetaria y, por consiguiente, acaparadora. Los microbios sociales que en nuestros enclenques organismos producen enfermedades graves, son eliminados allá sin fiebre ni dolor. Otra cosa que diferencia a Estados Unidos de nuestras repúblicas, es que allá los despilfarradores enriquecen a otra gente del mismo territorio. En Chile, un señor que hereda cien mil pesos y compra un Packard, empobrece al país. Allá no. El que compra un auto allá enriquece al fabricante. Por desventajoso que sea el empréstito de un Estado, no tiene allá importancia trascendental, por cuanto de todas maneras enriquece a un Banco nacional.

Se oye decir, a veces, que los peregrinos puritanos de la *Mayflower* cimentaron la grandeza norteamericana. Esto es un cuadrito para poner

lo bajo la bandera, un cuadrito policromo, muy bonito. A nuestra América llegó Fray Bartolomé de las Casas, puro espécimen de cristiano, cuya conducta altruista mostró en las tierras descubiertas el lado bueno y amable del pueblo español.

Chile, como toda nuestra América, ha tenido hombres puritanos, probos y laboriosos. No creemos que en la *Mayflower* llegaran al Norte arquetipos superiores a los que recibimos en el Sur.

El hecho de que nuestros hombres mejores no tengan el éxito que merecen, y de que la virtud en general permanezca sumergida, proviene en mucha parte del fracaso de la guerra de la Independencia, como procuraremos probarlo más adelante.

La demagogia forzosa de los llamados héroes y patriotas en 1810, corrompió a América. Desde que perdimos el control de la justicia a la manera colonial, el pícaro, vulgo macuco, domina al inteligente. En las naciones pequeñas, desquiciadas y decadentes, la astucia reemplaza al talento. Una vez fracasado el movimiento de emancipación, no quedaron sino dos repúblicas importantes: Brasil y Argentina; las otras vieron perderse las ventajas que en la Colonia gozaron, y con ello, sus anhelos o programas mayores; de ahí proviene el hecho de que no produzcan hombres superiores, o de

que éstos permanezcan ocultos, fuera de las act
vidades públicas.

Como la exaltación de los héroes depende del ámbito que abarcó su obra, no es raro que sola mente tengan poder de sugestión para el género humano nuestros genios iniciadores, cuyos traba jos tuvieron proyecciones universales, o sea: los de la Independencia.

No hemos seguido produciendo hombres co mo Bolívar o Bello, por cuanto la grandeza de los individuos está en relación con la obra por llevar a cabo. "Es la forma de vida que llevó al animal para buscar el sustento, la que determinó su estructura", dicen los sabios, y esto puede aplicarse a los hombres en relación a sus trabajos por la sociedad.

Chile ha producido hombres ilustres que, de actuar en escenarios más interesantes y más vastos, serían mundialmente famosos.

Estados Unidos sufre de la gente maleante de peor especie que en el Sur, pero sabe dominarla. Asesinatos por sadismo, raptos de niños, asaltos de trenes, son casos comunes en el Norte.

El superpueblo devorador ha conseguido educar a su manera a once millones de negros, sin mezclarlos con su sangre. Del flujo y reflujo de inmigrantes succiona lo mejor para su grandeza y rechaza los desperdicios. Predominó el sentimien

to de disciplina, que, sin ser cualidad de los más inteligentes, sirve, sin embargo, para asimilarlos. Disciplina, sumisión a las autoridades y a los hombres superiores, son las cualidades del Norte, gracias al testamento de Washington, cumplido a sangre y fuego por Lincoln.

La primera razón de nuestra debilidad es la manía de aislamiento, defecto fatal, iniciador de la pequeñez general. Por la disciplina el Norte juntó a su carro de victoria los valores de todas las razas, centuplicando al mismo tiempo la utilidad de los talentos asimilados.

Individuos de origen español, italiano o judío, con apellidos transformados, son, actualmente, tipos representativos del progreso norteamericano.

Es posible que el mismo Edison, de nacer en nuestra América, no hubiera pasado del oficio de periodista.

De individuos parecidos a los que fracasan en el Sur, por inmoralidad o individualismo, exacerbados en la flaqueza colectiva o falta de autoridad, el Norte hace superhombres.

Lo que falta al Sur es moralidad, sentimiento

de justicia. La victoria de Lincoln fue victoria de autoridad, de patriotismo y de moralidad. Por ella to el Norte se transformó en astro, en luminaria en fuerza centrípeta irresistible.

El Sur consiste en dieciocho repúblicas, divididas por postes fronterizos, aduanas y murallas chinas de prejuicios. Superiores en riqueza, igua les casi en población a Estados Unidos, son la ma no de obra del mundo. Con cien años de vida independiente, neutrales en la guerra, continúan mendigando empréstitos y esperando que la civilización vaya a buscarlas. Nada aportan, fuera de las materias primas, a la industria; nada a la ciencia.

Actualmente, la libertad de las repúblicas iberoamericanas es hasta cierto punto una ficción. Nicaragua, como símbolo, es la *República de Brown Brothers*.

Al general Crowder se le llamaría inspector general o prefecto de policía yanqui en Cuba.

Los norteamericanos han estudiado fríamente nuestra psicología; haciendo el ejercicio mandibular del *chewing gum*, llaman a nuestros países *Banana Republics* u *One horse power countries*. A nosotros nos dicen *mañanas*, por la manía de dilatar orientalmente los negocios. Los pies chicos, como de tanguista, son *cuban feet*.

Roma compró a Grecia y devoró a los bárbaros; el norteamericano, prognato, compra a Europa y devora a la América bárbara. Los iberoamericanos, dotados de mentalidad aparte, sentimos en la guerra de 1914 la revolución europea, el principio del fin del viejo prestigio, y presagiamos nuestra caída en otros brazos.

Veamos el problema desde el punto de vista chileno: el gestor gubernamental, o intermediario entre la riqueza del suelo y el capitalismo, acelera la pérdida de nuestra libertad económica. Los norteamericanos compraron por un puñado de pesos, o papeles, el mineral de cobre de Rancagua, uno de los más ricos del mundo. En el acto contrataron siete abogados para defensa de sus intereses. Estos abogados nacionales están indicados para el trabajo de impedir que el Gobierno ponga trabas a la exportación del cobre. De esta manera, los norteamericanos hacen ganancias de doscientos o más millones al año.

Si Chile hubiera gravado la exportación del cobre en el momento de la guerra, mediante mísero impuesto, no tendría actualmente deuda externa. El enriquecimiento personal de unos abogados ha impedido la salvación financiera.

La fuerza eléctrica de Santiago pasó de manos alemanas a inglesas, a la manera de pago de

una parte importante de la deuda de guerra. Ch
la nación libre, fue neutral en la guerra de sece
sión.

Los ramos, los teléfonos, los ferrocarriles
los ramos pagan abogados nacionales para su defe
sa contra el interés de la sociedad.

El estadio, cuyo control estaba en Chile ha
ta hace dos años, pasó a Nueva York. El nitra
to ya no es chileno; ahora se pronuncia nítra
y es inglés.

El gestor que trasladó a Inglaterra el negó
cio del nitrato, por miedo a la cuestión obrera
recibió un millón. Ahora la riqueza de Chile es
tuvo bajo los cañones extranjeros para tranquilidad d
los capitalistas pacatos.

Por inverosímil que esto parezca, el segund
proyecto de ese gestor consistía en disminuir, pro
gresivamente, los derechos del nitrato, hasta anu
larlos. Solamente el diario *La Nación* y un perió
dista de *El Ilustrado* se levantaron en Santiago
contra dicha tentativa.

En la nota que envió a Inglaterra el Gobier
no de Estados Unidos, amenazando tomar repre
salias por el monopolio de ciertos artículos, inclui
el nitrato chileno en el número de materias primas
cuyos precios fija el comercio británico.

Esta nota, reveladora de nuestra pérdida de

soberanía en el negocio básico de la vida chilena, fue dirigida al Imperio Británico a principios de noviembre por Herbert Hoover, ministro americano del comercio.

El ferrocarril transandino, el más caro del mundo, es inglés. Al subir a un tranvía, al hablar por teléfono, al tomar el desayuno, al comprar en una tienda y al dar la luz, el chileno contribuye a la vida admirable de un capitalista inglés que toma su té o juega su polo en las Islas Británicas; contribuye a pagar el turismo de un yanqui o la vida agradable de un alemán.

Harrods, la mayor tienda de Santiago, es inglesa. Las ganaderas de Magallanes están en poder de los ingleses, lo cual es decir que pagan miserables derechos de exportación, porque, naturalmente, pagan abogados influyentes en el Gobierno.

Tal es el momento en Chile. Se nota un despertar de la conciencia, un estallido contra los Judas de la patria, pero su fuerza es todavía todopoderosa y tememos que lo sea hasta el momento de estrujar la última gota de la ubre.

En la sociedad santiaguina abundan los ricachos formados a base de tales negocios, unidos sólidamente, de manera que no es posible la denuncia ni el castigo.

La instalación de Bancos extranjeros, o la fusión de los nacionales con extranjeros, es otro vasto escándalo que contribuye a restarnos soberanía.

Si ésta es fiel pintura de la situación en Chile, ¿qué diremos de Perú, Bolivia, Ecuador y otros países de conciencia más amodorrada?

En Perú, como en Nicaragua, las aduanas y los correos han pasado a manos extranjeras. Tal es el estado actual de nuestros países frente al mundo, de nuestras repúblicas, llamadas cachorras de la leona por los conferenciantes majaderos.

Pero no se crea que se trata solamente de influencia financiera. Actualmente, los embajadores del Norte en nuestras repúblicas gozan poderes omnímodos, y podrían compararse a los cónsules romanos en Judea o en Trípoli, en la época del Imperio. Paralelamente a los mil millones de dólares que han prestado a las cachorras, se ha extendido su influencia política.

Una serie de hechos en los últimos años, confirma la tutela del Norte. En los días de un simulacro de movilización chilena contra el Perú, en los períodos más funestos de nuestro desgobierno, el presidente Wilson, que navegaba a bordo de un acorazado en dirección a Francia, envió a

La Moneda una nota o ultimátum, donde condenaba ese acto.

A raíz del fallo arbitral de Washington, por un asunto de fronteras entre Panamá y Costa Rica, en que salió favorecido este último país, Panamá entró en efervescencia. Norte América notificó escuetamente a los panameños que no admitía reparos ni disturbios a consecuencia del fallo.

En el último período de la presidencia del general Obregón, en México, sus enemigos políticos fomentaron en el norte del país los fermentos revolucionarios y se lanzaron en la conocida aventura contra la capital, que fue sofocada por el Gobierno de manera rápida y brillante. La clave de esa victoria vertiginosa del general Obregón es, además de su pericia, el apoyo material que recibió de Estados Unidos. Cuando se inició la revolución, el Departamento de Estado norteamericano declaró enfáticamente: *We don't want more revolutions in Latin America.* A esta declaración siguió el envío de numeroso y moderno material de guerra.

La nación norteamericana es bifronte: Wilson para la exportación; Roosevelt en casa.

Wilson es un cheque sin fondos para el espíritu devorador del Norte: su firma no ha sido reconocida en documentos oficiales por el Senado.

Millones de norteamericanos achacan su actitud evangélica a la parálisis progresiva.

Roosevelt, dotado de arrestos de búfalo imperial, es el mejor símbolo del Norte. En Panamá desarrolló una política de Habsburgos. En el Senado declaró con voz tronitosa, mostrando los dientes y dando un puñetazo: "Yo tomé Panamá".

Era de origen holandés. Ni en Holanda ni en el Transvaal, antigua colonia holandesa, se ha producido un político semejante. Esto comprueba nuestro parecer, y en años venideros un emperador yanqui podrá llamarse Pérez[1].

[1]Escrito en 1924, este artículo estará de actualidad nuevamente, cuando renazca el espíritu de Teodoro Roosevelt, el héroe popular más celebrado después de Lincoln.

SEGUNDA PARTE

En la obra *Crónicas* achacaba en parte nuestra desunión civil al individualismo. Este concepto fue mal entendido por algunos lectores, quienes creyeron verme caer en contradicción por el hecho de que una persona independiente pudiera sentirse enemiga de la libertad individual. Nada más fácil que destruir el equívoco mostrando que hay dos clases de individualismo: el familiar, o personal, dentro de la colectividad, y el de masa, que destruye a las jerarquías y desmenuza al Estado. Keyserling, en *La vida íntima*, recuerda que precisamente los más colectivistas de entre los pueblos son los que manifiestan costumbres más individualistas en la vida privada. De ello inferimos que la moral manda ser colectivistas en cuanto a nación e individualistas en el desarrollo íntimo. Así, en estas naciones sudamericanas, disgregadas

por individualismos políticos, se dan los temperamentos más adocenados y tímidos en la vida social. En cambio, Inglaterra, nación disciplinada (de discípulo), produce los caracteres más excéntricos e independientes en el orden privado.

Veremos cómo, en 1810, nuestra América era más importante y respetada en el concierto universal. Aparte de su mayor riqueza, originalidad y homogeneidad de la sustancia humana, contaba con la posición estratégica inexpugnable. La cintura de Panamá, que ahora es el Canal yanqui, le daba la llave de los océanos más concurridos de la tierra. Colombia y México fueron incapaces de conservar el patrimonio territorial. Venezuela, por el hecho de cortar la corriente sanguínea de España, se africanizó. Cuba lo mismo. Desde el 98 las influencias raciales en esta isla son chinas y jamaicanas. Solamente ahora, bajo el poderío de los Estados Unidos, Cuba empieza a ser pobre y el color de su raza estacionario. En 1865, a excepción de Brasil, Chile y Argentina, la América española era el caos. Muy desacreditada estaba la España de Fernando VII, es cierto; pero nada iguala al desprestigio que sufrieron estas repúblicas una vez conseguida su separación o disgregación, que tal fue el precio de la tan deseada autonomía. Y ocurre esto de extraño: Solamente nuestros políticos pre-

fesionales, en las relaciones de pueblo a pueblo, son quienes ahondan las distancias artificiales o naturales que separan a los territorios de una y otra república. En cambio, la opinión europea, la norteamericana, o de cualquiera otra región del globo, nos ha considerado siempre y muy cuerdamente como un todo, llamándonos en conjunto *Amérique Latine* o *Latin America*. Juntos somos juzgados, ya sea en lo grave como en lo cómico, en la sentencia juiciosa del sabio como en la sarcástica *chansonnette* del vodevil. Nuestra suerte y fama es una: el descalabro en Cuba o en Perú nos hiere por junto y en igualdad nos alborozamos o sonrojamos colectivamente si nos elogian o ridiculizan. Y, sin embargo, las aduanas, el fiasco de las comunicaciones y la dirección de ellas por extraños, como ocurre con el transandino, permiten que haya mayor distancia de Lima a Santiago, de Buenos Aires a Valparaíso, que de esas capitales a Nueva York o Hamburgo.

He aquí lo que llamamos el fracaso de nuestra América. ¿El remedio? El remedio consiste en alegrarnos de trazar un programa. Los poetas definen la vida en ansia de superación. En nuestra calidad de fracasados cifremos la mayor alegría, por cuanto nada podría comunicar tanto vigor como un plan en realización. Un cuerpo hu-

mano moribundo encuentra paz y vigor si tiene en vista alguna obra grande por conseguir. A Cervantes enfermo, le sostuvo el cerebro hasta la conclusión de su plan de trabajo intelectual. Norte América es un gigante crecido y conseguido; nuestros, nada más que un proyecto de coloso, más interesante por haber conservado a la misteriosa masa autóctona. Ortega y Gasset escribió: "La auténtica plenitud vital no consiste en la satisfacción, en el logro, en la arribada". Ya decía Cervantes: "El camino es mejor que la posada". Los yanquis, más o menos, llegaron. Nosotros vamos andando por un camino terrible.

En 1810 éramos de mayor calidad en relación con las naciones del planeta. En suma, constituíamos entonces enorme esperanza: actualmente somos limitada realidad. Vamos a desmenuzar este concepto: en 1810, Valparaíso era más importante que San Francisco de California.

San Francisco, en el Norte, es, respecto a Nueva York, exactamente lo que Valparaíso es a Buenos Aires en el Sur, con esta diferencia: allá no hay barreras aduaneras entre ambas ciudades, es decir, el Pacífico se comunica libremente con el Atlántico. San Francisco trafica sin trabas con los productos del hinterland, como hacía Valparaíso durante la Colonia con el hinterland sudamericano

no. Tan unido estaba Chile a las provincias llamadas Cuyo, que aun ahora, en muchas de esas regiones separadas por aduanas e intereses británicos, se emplean expresiones chilenas. Algunas familias próceres santiaguinas son originarias de Tucumán, San Juan o de Mendoza.

Bolívar, San Martín, O'Higgins, Carrera, nos dejaron territorios anarquizados por una guerra de exterminio, pero no una patria, no una sustancia humana susceptible de colaborar, que es la primera función de cultura. Nacimos agriados. Las luchas contra España se prolongaron y se sienten todavía en las asechanzas de casta. No otra cosa fueron aquéllas, con la agravante de que estas luchas en la América libre terminan con el fenómeno de selección a la inversa. España dominaba al indio, lo subyugaba, lo mantenía bajo su rigor, adoptándolo. En cambio, los caudillos de la Independencia, todos ellos, sublevaron a los indios y a los negros contra el poder. Artigas sublevó a los indios del Gran Chaco contra Buenos Aires. Una vez conseguida la independencia comenzaron las intrigas, las luchas del mestizaje, siempre personales, por predominio de hombres. Así fue asesinado Sucre; perecieron los Carrera, Juan Mackenna; Bolívar murió amargado, sufriendo los dicterios de ambicioso y de tirano. Los otros

desterrados. ¿Por qué? Porque se relajó la disciplina, y estos pueblos son hijos del rigor. Juan Manuel de Rosas, Balmaceda y otros dictadores a quienes ahora comenzamos a hacer justicia, fueron supervivencias del carácter constructivo y viril de Castilla. Los Rosas eran originarios de Burgos. Cuando aparece un verdadero gobernante criollo, resucita en seguida el fuste colonial. En cambio, los tan celebrados héroes de la Independencia, enemigos y detractores de España, eran criollos herederos de cualidades guerreras de montañeses españoles, hirvientes de vitalidad y algo incapaces para prever o crear. Su teoría de la libertad y su odio a España carecían de la originalidad indispensable para perpetuarse en hondura y grandeza. El movimiento libertario del suelo americano había sido ideado en el Norte, por Washington; el odio a España fue insuflado por los comerciantes ingleses que se aprestaban para explotar nuestras riquezas, no en forma de misiones, ni de campamentos coloniales paternales, sino mediante actos de rapiña contra la dueña amante[1].

De las hazañas de Bolívar o de Carrera hemos destrucción y desorden. Comprendo, d

[1] En *The young Disraeli and his adventures in journ*
lism, se lee: *The South-American Colonies, newly freed fr*
the yoke of Spain, were looked upon as Tom Tiddler's gro
where the enterprising might pick up gold and silver. Go
Paston. *The Cornhill Mag.* London, 1932.

más está decirlo, que para un niño, para un estudiante o para un historiador patriotero, Bolívar será superior a Bello. Para aquellos que quieran darse el trabajo de meditar un poco, no, de ninguna manera. Bello, algo descartado en la época de la Independencia, es siempre continental. Previó; tenía más talento, a la larga, que Bolívar, y, sin trazar epístolas fulgurantes, cimentó la unión en obras. La polémica con Sarmiento, en que él asumió el honroso papel de conservador de la lengua en su pureza nativa, revela de una vez su concepto religioso de la herencia de la *hispanidad*, gran palabra, única en tratándose de pueblos. Se dice *cristiandad e hispanidad*, pero no se dirá *anglicidad* ni *germanidad*. Por algo fue Colón a golpear en el corazón de Isabel al mismo tiempo que a esta reina le entregaban las llaves de Granada. Dios quiso que España fecundara a la Eva india en este nuevo paraíso para hacer resucitar su carne. Bello entendió el misterio, por cuanto era parte de España en ultra. Bolívar y Carrera son rebeldes españoles del tipo de Viriato en la antigüedad, o de El Empecinado en la historia moderna. A causa del tumulto de la cabalgata bolivariana en la guerra de exterminio, "sin prisioneros", el héroe criollo de la espada no tuvo tiempo para detenerse a meditar en los triunfos definitivos que

hubiera conseguido en caso de ensamblarse con el héroe criollo de las letras: Bello. Por cuanto, si no van juntas las armas y las letras, serán tan estériles los resultados de las unas como de las otras. Recordemos el discurso de las armas y las letras en el *Don Quijote de la Mancha*. Las letras, o bien preceden a las armas, o van juntas con ellas. A la labor bolivariana, como a la epopeya napoleónica, faltó redacción, esto es, previsión.

Nunca he podido comprender el acatamiento universal a las obras de Bonaparte. Estas se definen, en suma, en dos victorias británicas, cimentadoras de la tesaurización en la City: Trafalgar y Waterloo. Estas derrotas anularon las efímeras victorias de Bonaparte, que dieron a Francia un tesoro de arte y de leyenda, al par que la empobrecieron. En cambio, Inglaterra, la eterna oportunista, ganó en sus dos victorias decisivas sobre Francia el poderío de su concepto político y social: las colonias, las llaves del mar, la libra esterlina y el *gentleman*. La prueba es que, poco más tarde, en cuanto se desvaneció Bonaparte con sus victorias, sus audacias y su desastre final, Francia se encontraba enredada en Sedán y Fachoda, colapso fatal, comprobatorio de la esterilidad de la obra de sus ejércitos revolucionarios. Tolstoi asegguraba que los Napoleones, en la Historia, no tie-

nen más que una influencia exterior y aparente. Con Bolívar nos ocurre algo parecido: es una joya, un lujo americano que no dejó utilidad práctica, como no sea el orgullo de exhibir un modelo de energía indomable, de vigor físico fascinante.

América es una cuestión de redacción. Solamente de la claridad y la fuerza de las letras saldrá su salud futura. No olvidemos que Mussolini, Hitler, Kemal Pachá, son redactores de sus respectivas patrias. Las letras son la arquitectura o armazón de las naciones, y ¡ay de las naciones que prescinden de ellas! Los poetas David y Salomón nos enseñan desde la antigüedad el camino para gobernar.

La revolución pro independencia careció de profeta. No queremos cansar al lector repitiéndonos; en todo caso no dejaremos de recordar que, antes de la catástrofe, las colonias españolas formaban un continente sólido, en cuyo seno dormitaban todos los productos de la tierra. La descomposición de la carta castellana formó países de economía anémica. Algunas repúblicas poseen un solo producto de exportación, lo cual suele ser fatal, y neutraliza la aparente libertad, por cuanto dura solamente mientras el producto principal se puede vender. Perdimos, entre muchas ventajas, la de bastarnos a nosotros mismos, la de ser vergel,

granero y mineral de potencialidad universal. La cintura de leyes y de fortalezas contra los bucaneros y mercachifles extranjeros que extendió España a nuestro alrededor, equivale a la cintura estéril de discursos y de proyectos literarios contra el capital extranjero que hacen los patriotas americanos de ahora, llámense apristas, en Lima, o nacistas, en Santiago. Una vez conseguida la famosa independencia, Venezuela quedó destruida, el Perú anarquizado y en bancarrota. Al perder su forma rectangular que España le mantuvo, Chile se convirtió en cáscara vacía. Argentina, más grande y completa, sólo recobra su auténtico carácter mediante hombres de cuño colonial, como Rosas y Mitre, aunque algunos crean que haya en esto contradicción. México es grande cuando es cristiano y disciplinado. Cuando se aleja de España, se empequeñece, peligrando su libertad.

España fue el nexo y el rigor indispensable. Recordemos que, fuera de España e Italia, no hay en el mundo colonizador naciones nodrizas. Los anglosajones colonizan succionando desde lejos, sin dar su sangre. La independencia de nuestra América fue, además de todo, un acto derivado, imitado, hijo de Rousseau, de Mirabeau, de Washington, sin arraigo en la biología. Después de lanzar esos gritos para romper cadenas, pasa

mos a ser más vasallos que antes, por cuanto ser-
lo de España era función natural, como de ni-
ño que se sujetara al pecho materno.

En 1810, la despensa, aunque no estuviera en
completa explotación, era nuestra: no habíamos
enajenado la mina, el salto de agua, ni la rique-
za marina. La moneda unitaria era respetable. El
duro español era reverenciado, aun en Estados Uni-
dos, como hoy lo es la libra esterlina. El peso se
llamaba el duro de Castilla.

Vamos a la arquitectura: España nos legó la
épica arquitectura de La Moneda, Santo Domingo,
el Puente de Cal y Canto, San Francisco, los Tri-
bunales y la Alameda. De esta arquitectura des-
truimos el Puente, y ¿qué lo reemplaza? El mejor
monumento de factura moderna es el Club Hípi-
co. De la arquitectura épica pasamos a la arqui-
tectura hípica. ¿Dónde está nuestra independencia
espiritual? Vamos a Europa a buscar leyes, fórmu-
las y estilos de arte. ¿Dónde está la independencia
financiera? ¿Y dónde la tan celebrada libertad?

Cualquier sabio extranjero, de esos que pasan
por nuestra América, advierte en seguida la con-
textura vasalla de estos países. Es característica
de toda nación dependiente la carencia de arte
propio y la mayor fuerza física, sexual y social de
la mujer; este fenómeno proviene de que la raza

tiende a mejorar por las mujeres, quienes reciben casi exclusivamente la semilla renovadora de Europa. Países libres somos por la autonomía política solamente. Salgamos una tarde de fiesta y veremos pasar la tropa, cuya banda, mediante instrumentos comprados en Berlín, toca el himno del catalán Carnicer. Tomamos un Ford, movido con petróleo Shell Mex, y vamos a ver la película de Hollywood o el teatro de la Guerrero, iluminado por la Light and Power, y avisamos desde la Chili Telephone que vamos a comer en La Bahía, del señor Tort, de Barcelona. Esta contextura colonial de la actualidad tiene todos los defectos y ninguna de las ventajas de la época colonial hispánica.

Algunos fragmentos de historia o de literatura de comienzos del siglo XIX nos permiten reforzar nuestra tesis. Así hemos subrayado en la novela *Rojo y negro*, de Stendhal, el párrafo siguiente: "Perdidas las esperanzas en la Europa, tal como la había dejado Metternich, el señor Altamira llegó a creer que, cuando los Estados de la América Meridional fueran poderosos y fuertes, acaso devolverían a Europa la libertad que les proporcionara Mirabeau".

Si el lector medita en este extraño párrafo de uno de los mayores escritores del pasado siglo concluirá conmigo en que las esperanzas europeas

han sido frustradas. Nosotros no somos poderosos ni fuertes, y la idea de poder ir a devolver la libertad a Europa nos produce asombro y pena. Por desgracia se equivocaron. No somos capaces de ayudar a nadie, y, antes al contrario, caminamos penosamente, ayudándonos con las muletas de los empréstitos.

Sin duda, en 1810 éramos el niño en quien la madre Europa cifraba sueños de agradable porvenir. Ahora somos el maduro calavera, cuya exuberancia y versatilidad —que pareció síntoma de talento— nos han traído al marasmo y anemia actuales.

Existe una razón de más alto vuelo para reforzar la tesis de que la vida social durante la Colonia fue más respetable, de más bella calidez familiar y de un encanto vergeliano incomparable. Esta razón parece paradojal, y consiste en el patriotismo infinitamente superior de los criollos de 1810 comparados a los de ahora. Ellos amaban sus tierras natales, sus hogares, sus costumbres, y, me pregunto: ¿Quién les había dado eso? Eso era el fruto de la grandeza abstracta de la unidad castellana, del rumor solemne de la tradición de grandeza imperial, desde Carlos V hasta Carlos III, el último gran administrador. El ideal de libertad fue para esos jóvenes caudillos una necesidad, una mo-

da y un deber también; sin embargo, en el impul-
sivismo de ese afán liberatorio, el tablero ameri-
cano se rompió, la unidad se perdió, junto con la
grandeza edénica del paisaje, dividido de ahí en
adelante por barreras y rivalidades, formándose las
regiones geográficas que más tarde serían países
enemigos, lo cual nunca ocurrió bajo la unidad cas-
tellana. Esos caudillos no supieron mantener la uni-
dad como supo hacerlo Washington en el Norte.
Por ambiciones personales preferían ser jefes de fac-
ciones y así creaban pequeños cuerpos, segregán-
dolos del conjunto.

La literatura en nuestro continente, donde imperan la injusticia, la pobreza y la politiquería, ha tomado un cariz truculento, cruel a veces, hasta producir náuseas. Las últimas obras coloniales son las *Tradiciones*, de Palma; *María*, de Isaacs; *Amalia*, de Mármol; *Durante la Reconquista*, de Blest Gana. Los libros famosos de la actualidad tienen algo de selvático, de perverso y de sádico. *El águila y la serpiente*, por Martín Luis Guzmán, nos muestra aspectos nauseabundos de la vida mexicana; *La vorágine* es el cuadro genial de las putrefacciones y llagas internas que producen frío en la espalda. Entrar en esos libros es parecido a llenarnos de tumores y sentirnos mordidos por alacranes o arañas venenosas. A través de esos cuadros

damos la impresión de ser malvados, destructores y animados de una lujuria de macacos. Se desprende de la literatura un hálito de tristeza y desesperación. No parece que amaran a su tierra quienes así la conciben o la interpretan.

Esta literatura, sin humorismo ni alegría, es unilateral y no responde a la vida, que tiene también y a pesar de todo, como han notado los extranjeros, aspectos amables y delicados. Ocurre que los escritores, además de la moda rusa, no han sido capaces de sustraerse a la lucha de clases, desatada por las faenas electorales. En segundo lugar, ellos no podrían dejar de rendir culto a la seriedad, que es mucho más superficial de lo que parece. Aparte de la República Argentina, que es la más grande y próspera, la literatura familiar no existe. Ausentes de la novela están los temas que fascinan a los públicos, cuales son las carreras, el boxeo, las nuevas sociedades de obreros, la intromisión del turco, del yugoslavo y del italiano; los estadios, los cartilleros y futbolistas. Solamente el político, la guerra, las elecciones, la oligarquía y el obrero, no en sus comedias o dramitas sino en su posición de clases en pugna, parecen interesar al escritor.

La decadencia del patriotismo es otra prueba de que el movimiento de emancipación fue

incapaz de crear algo tan digno de ser amado co-
mo fue la América española, una e indivisa: una
lengua, una moneda fija, una inspiración.

Actualmente los Gobiernos iberoamericanos
pretenden darse ilusiones de progreso y poderío
mediante labores de legislación y de socialismo.
Tarea estéril y malsana es la de querer animar
por medio de decretos o de impuestos a estas re-
públicas cuya enfermedad es la politiquería o cau-
dillismo, derivados del caudillismo de 1820. "Aque-
llos polvos trajeron estos lodos." Cuando las vacas
argentinas pasen a Chile tan libremente como los
vinos y porotos chilenos hacia allá, entonces es po-
sible que cambie hasta la expresión de nuestros
semblantes y la literatura.

No sería raro que la desunión sea culpable
de la excesiva mortalidad infantil, la acritud de
los caracteres, la confusión de valores y otros vi-
cios crecientes.

Diferencia del Norte y del Sur

Un signo muy claro de la diferencia entre la América del Norte y la del Sur es el de las capitales, producto del deseo de mando y ansia de ser cabezas de ratón. En nuestra América, toda región geográfica más o menos deslindada por un cerro, un río, cuando no la cordillera, que al fin es el límite más explicable, quedó convertida en país, y cada país tuvo su capital, llamada, generalmente, "la Atenas de América", así sea en Bolivia, Perú, Uruguay o Chile. La anarquía postindependencia se define en un deseo mortífero de acaudillar pequeñas regiones, desgajándolas de los conjuntos coloniales. Todos quieren ser presidentes de algo, aunque sea de una Andorra. En cambio, en el Norte, hay una sola capital, bien inferior, por cierto, a Nueva York, a Boston, Chicago, San Francisco, etc. Esta capital, Washington,

no suscita envidias a ninguna de las ciudades comerciales; antes al contrario, un verdadero yanqui experimenta cierto desprecio por Washington, capital llamada "de los funcionarios, los diplomáticos y los negros..."

En los Estados Unidos la ambición de los hombres radica en el comercio, en los inventos, en la minería, la agricultura y la ciencia; los jóvenes, de preferencia, estudian química; en nuestros Estados Desunidos, la ambición se concentra en las capitales. Los jóvenes estudian leyes y demagogia, en primer lugar. En Estados Unidos los gobernantes son deslucidos, la diplomacia es débil. Washington es insignificante si se la compara con Nueva York o Chicago. Esto proviene de que los hombres más aptos no se dedican a la política, sino al comercio, donde están las mayores expectativas. El César no se encuentra en el Capitolio, sino en el *business*. Los amos son: Edison, Rockefeller, Ford, Vanderbilt; el acero de las maquinarias es más noble que el mármol de los edificios de la administración. El Woolworth domina al Capitolio. Nuestras naciones pecan de estar excesivamente gobernadas, por cuanto los mejores y más aptos, los más inteligentes, se dedican a la política; el presupuesto es más fuerte en cifras que los negocios en general. No tenemos estatuas de inven-

tores, sino de caudillos políticos; no tenemos héroes *pioneers* de la tierra, sino héroes conductores de masas. Los rostros han perdido el atezado del navegante o del minero. Son rostros pálidos de escribas, habituados a inclinarse encima de notas, oficios y escrituras selladas. La burocracia redondea las formas de una juventud pálida y discutidora. El comercio cae en manos de extranjeros a quienes acechamos con fines presupuestarios.

Junto a la variedad de capitales, o Atenas americanas, náufragas en el bizantinismo, se alzan la variedad de partidos y sus respectivos cabecillas. Cada cual ansía tener un local, un timbre para sus cartas y un título de patrón, aunque sea solamente dueño de las voluntades bamboleantes de dos docenas de partidarios. ¡Pero mandamos! Esto es lo principal. La prensa aparece burbujeante de vanidades locales, donde se adivina el sadismo solapado del alfilerazo: desmentidos, alcances de nombres, pleitos, acusaciones. Estas capitales parecen pozas donde los hombres se aconchan; las miradas de la calle parece que tuvieran garras. Los provincianos ansían volverse ciudadanos de la capital; el que puede, el que jubila, llega a la poza a convertirse en ciudadano central, a tomar el sol en la Plaza de Armas, para ver pasar la decadencia.

Si acaso, por un milagro, consiguiéramos ha-
cer los Estados Unidos de Sudamérica, el escollo
comenzaría el día señalado para elegir capital: to-
das las Atenas se disputarían el honor de ser el
Washington del Sur: "la ciudad de los funciona-
rios, de los diplomáticos... y los negros".

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

El imperialismo chileno o el sentido del tiempo y las proporciones

Silva Castro se explaya sobre el imperialismo chileno. Asegura que nuestro pueblo es imperialista, y que, al ver coartado su ímpetu imperialista, se ha hecho escéptico. Nada tendría que objetar a esta tesis si no fuera que yo mismo salgo a ese campo en forma ingrata y negativa. Dice ese escritor: "Sólo por excepción nacen en esta tierra hombres para los cuales el continente existe, y su prédica cae generalmente en el vacío. Joaquín Edwards Bello es una prueba práctica de lo que decimos. Su mentalidad es continental (acaso porque es descendiente de Andrés Bello, venezolano), y es fácil hallar, entre su pensamiento y el público al cual dirige sus admoniciones, una distancia que ninguna fórmula retórica basta a cubrir".

Debo decir al señor Silva Castro que está equivocado.

Como todo el mundo, y como él mismo, cuento con multitud de antepasados del país vasco, de Burgos, de Caracas, de Londres, de Mendoza, de Tucumán; provengo, como todos, de un misterio sideral, pero no sabría echar la culpa al de Caracas o al de Londres de mi continentalismo. Nací en Valparaíso, sin que nadie me pusiera condiciones para nacer ahí, y soy, en consecuencia, chileno, eso sí, mayor de edad, es decir, chileno *que viene de vuelta*. No soy imperialista ya, pero repito que no por culpa de don Andrés Bello, sino más bien de Sancho Panza.

El espíritu continental parecerá a primeras una audacia o locura, y es la mayor perogrullada.

Sé perfectamente que hay gran número de chilenos imperialistas, quienes lamentan el que Chile no afianzara sus conquistas en el Pacífico, ni hiciera la guerra a la República Argentina en 1895 ó 1900. Mucho me ha preocupado ese espíritu y aun he sostenido discusiones cuando he exteriorizado mi admiración por don Federico Errázuriz y don Jorge Montt, hombres que, a mi juicio, evitaron la guerra, en pugna con los Walker Martínez, Irarrázaval, Boonen Rivera y una gruesa parte de la opinión pública. Aun declaro la pena producida en mi ánimo al volver a este debate. Por otra parte, mi modesta aportación a la prédica

continentalista no cayó en el vacío como parece creer, y, si lo duda, lea mis artículos anteriores a 1920, donde puntualizaba en forma práctica y periodística las campañas pro paz con el Perú, de don Paulino Alfonso y de Vicuña Fuentes. Verá entonces que mis campañas de prensa no son ajenas al programa alessandrista de 1920. Vamos al imperialismo chileno.

Comparemos al Lacio, esto es a la parte madre de la grandeza italiana antes del Imperio Romano, con el caso de Chile desde 1879. Los latinos crecieron y comenzaron a desarrollar su carácter imperialista y organizador nato en un mundo nuevo, casi ausentes de fiscalizaciones.

Ellos comenzaron a hacer su mundo *cuando no había otro hecho ya* y que actuara de *pater familias* o de autoridad. Si había otras naciones, ellas eran muy lejanas, estaban en ruinas o en ningún caso ejercieron tutela sobre el pueblo naciente. En cambio, los chilenos llegamos a nuestro apogeo después de las victorias sobre Perú y Bolivia. No puede negarse que manteníamos ciertas virtudes de los conquistadores: la tizona se había acortado un poco y se llamaba *corvo*, ese segundo sexo del pueblo, pegado a la carne, debajo de la camisa. Los Estados Unidos mantuvieron fijos los ojos en nues-

tros estadistas cuando tratábamos la paz, igual cosa podemos decir de Argentina y de otras repúblicas americanas. Piense el señor Silva Castro que nosotros nos desarrollamos en el Nuevo Mundo, y en la parte ibérica, donde hemos sido hasta ahora incapaces de obtener la independencia espiritual, económica y comercial. Esta manera de pensar no es nueva para mí. En el folleto intitulado *Tacna y Arica* (Madrid, 1926), páginas 28 y 29, escribí: "Si la América del Sur hubiera sido dueña de sus destinos, en un mapa nuevo, sin Europa ni Estados Unidos, Chile, como una mancha de aceite, estaría llegando a Panamá".

Ya ve el señor Silva Castro cómo conozco el asunto, y solamente la previsión me llevó a hacerme continentalista.

No podemos ser imperialistas; nos ocurriría lo que al Paraguay, cuyo afán de ensanche condujo a un resultado opuesto: a la destrucción. Carecemos de volumen humano; las cifras de mortandad infantil son vergonzosas; el obrero emigra (caso único en América). La guerra contra la República Argentina, aun en el caso de salir victoriosos, hubiera sido un desastre, además de cubrirnos de antipatía y relegarnos a la soledad.

El continentalismo, tal como lo veo, es, *junto*

con el progreso industrial, un neoimperialismo; la unión aduanera y monetaria de la parte austral americana, que hemos venido propiciando desde 1920, contiene la fórmula mágica para atraer a nuestro radio de acción a aquellas provincias vinculadas a Chile en la época colonial, a saber: Tucumán, San Juan, San Luis, Mendoza y el territorio del Neuquén. Con la diferencia de que este neoimperialismo es fraternal y daría tantos frutos a la Argentina como a Chile, por cuanto nuestro progreso sería entonces tan rápido como el de aquellas provincias, actualmente asfixiadas.

La libertad o abolición de aduanas obraría para el antiguo país de Cuyo como la apertura de las ventanas en un cuarto oscuro, de aire viciado. La construcción de caminos internacionales en el Aysén sería igualmente una fuente de salud para el extremo sur.

Resumamos estas ideas en fórmula esencial, de manera que el artículo propulsor de Silva Castro y estas explicaciones produzcan utilidad: la prédica continental ha dado frutos. El pacifismo nos conduce a la tristeza, luego es preciso buscar una válvula de escape, la cual encontraríamos en el imperialismo continental. En un futuro no lejano los ejércitos de esta América austral —Argentina, Chile, Uruguay— podrán imponer por la fuerza la

unión, como la impuso Lincoln en Norte América. Note el lector que el clima de Chile y Argentina equivale en nuestra América a los Estados del Norte en Yanquilandia.

El suicidio de Europa y el renacer de América

Pobre observador y exiguo en la verdad será aquel hombre que niegue el progreso de Chile desde el año 1914 hasta ahora. Me remito a las palabras que oímos a hombres tales como Ortega y Gasset, Keyserling o Dumas. Desde el año 1914 Chile progresa, pese a las crisis, y se diría que su avance está relacionado con el retroceso de Europa.

Esa población flotante de sudamericanos cuyo cuartel general era París, comienza a reintegrarse a la patria. Muchos de ellos se entretenían descuerando a América en el Banco Anglo, en el Café de la Paix y en otros receptáculos o estuches de exóticos, y ahora, de vuelta en sus hogares, nos dirán confidencialmente, con la mano en el corazón, que están aquí mejor que allá.

Traen ellos la sensación de un mundo que se

estingue. Nos dicen que aquel París de las lumi-
narias ya no es el mismo, y que en las avenidas
del Arco de Triunfo y de la Estrella las casas de
piedra uniforme y patinada lucen en sus balcones
el terrible letrero: "*A louer*".

Desde los comienzos de la guerra en 1914 se
desató en Europa un odio irreflexivo hacia el ex-
tranjero. En *L'Intransigeant*, bajo el título: *Pu-
jos de París*, un periodista xenófobo pedía la pron-
ta expulsión de esas nubes de extranjeros que pu-
lulan alrededor de La Rotonde y Le Dôme.

Ni las sátiras ni la agresividad callejera pudie-
ron con ellos. Fue necesario el establecimiento del
control de cambios en estas repúblicas para que
regresaran. En efecto, el turismo internacional es-
taba sustentado por la concordia financiera: una
vez destruida esta concordia no puede haber turis-
mo. Las naciones han cerrado sus fronteras unas
tras otras, encasillándose en sus propios recursos,
y lo extraño es que de este cierre, iniciado en
Europa como alta medida precautoria contra las
demás naciones, han resultado un desastre para
ellos y una provechosa lección para nosotros.
Es preciso definir ciertos aspectos de vida fran-
cesa, que difícilmente salen a luz en nuestra vida
algo servil al extranjero, aunque los hayan conoci-
tado en primer lugar los propios franceses. Francia

es nación celosa de sus intereses hasta la envidia; si allá odian a los extranjeros después de la guerra, este sentimiento se ejerce en primer lugar contra los norteamericanos, a quienes creen aprovechadores demasiado felices de su triunfo militar. Recuerde el lector los momentos grandes de la historia moderna y notará que siempre se escuchó en las calles de París el grito: "¡A muerte!" En la revolución vociferan: "Los nobles a la guillotina". Más tarde: "A *bas la calotte*", "Muerte a los judíos". En el asunto Dreyfus, el público exigía castigos, venganzas sangrientas, sanciones espectaculares. Durante la Guerra Europea se reproduce el caso de la Du Barry en la bailarina Mata Hari. Recordemos que la Du Barry fue llevada a la guillotina en día festivo, como para dar un espectáculo al pueblo, aglomerado en el trayecto, en calles y balcones; la carreta pasó frente al taller de modas donde la vida de la cortesana comenzara treinta años antes. Fue una orgía inolvidable. La sed de venganza popular se sació en la querida elegante de Luis XV, lo mismo que más tarde se sació en la *maîtresse* admirable del señor Malvy. Fue un acto espectacular para satisfacer al pueblo, incansable espectador de compensaciones sangrientas para la balanza de sus sufrimientos.

Es natural que el iberoamericano, importador

del tango, sufriera algo de ese odio. De allí el grito vengativo: "¡Abajo los cochinos extranjeros" "*Hou hou les métèques!*" Nadie podrá negar que hay siempre un Fouquier-Tinville y un Carrier listos para exigir cabezas expiatorias.

Resultado: el extranjero, no siempre muy dispuesto a tomar en serio los gritos y pequeñas hostilidades callejeras, obedeció, sin embargo, a la escasez de dinero y aquí tenemos *le retour*, o regreso de tanto hijo pródigo de Buenos Aires y otras capitales criollas.

Las naciones se han cerrado, y al fin las nuestras, abiertas siempre de par en par, optan por lo mismo y, ¡qué diablos!, se cierran. ¿Cuáles salen perdiendo? Lo que parece mal irremediable en las lontanas naciones de Europa se define en progreso y experiencia preciosa para estas hijas de América.

A los innumerables departamentos vacíos de París responden otros innumerables departamentos que se construyen y se pueblan con rapidez en los diversos barrios de Buenos Aires, Río, Lima y Santiago. El criollo rico, acostumbrado a expresarse mal de América, en francés, regresa en los transatlánticos de lujo, acosado por el control de cambios, medida cruel y saludable a la vez. En suma, la crisis financiera es más seria y nociva para los

europeos, por la simple razón de que ellos vendían más y compraban menos. El americano del Sur está habituado a las crisis de alzas y bajas; en cambio, un europeo se resigna difícilmente a ellas.

El ejemplo de Rusia es más fuerte para Europa que para América, pese a las apariencias. Stalin se resiste a hacer propaganda revolucionaria universal mediante el oro ruso, y en este sentido es opuesto a Trotsky; cree Stalin que la mejor propaganda es la situación efectiva de Rusia, y cuando el obrero comunista viva mejor que el obrero capitalista, entonces el mundo occidental anhelará el comunismo de manera automática, sin necesidad de propaganda.

Europa sucumbe acosada por las cargas de la guerra suicida, sepultada en la locura colectiva de 1914. En vez de unirse para sojuzgar al mundo mediante sus métodos superiores y su industria victoriosa, gastó sus cualidades y su fuerza en despedazarse. En 1914 no fueron las ideas de los cientistas e industriales las que prevalecieron, sino los aforismos guerreros y dinásticos de los príncipes y estados mayores, faltos de esa visión cristiana, universal o ecuménica, privativa solamente de verdaderos estadistas. ¿Quiénes pudieron arrogarse el dictado de estadistas en 1914? Solamente unos pocos: Jaurès, Liebknecht, Ferrero, Nitti,

Giolitti, Romain Rolland, Caillaux. ¿Cómo se condujeron con ellos? Casi todos repudiados, asesinados o desterrados en el momento de las pasiones. La locura sanguinaria de la guerra no respetó talentos ni experiencias; se despeñó la *sagesse* francesa, lo mismo que la cultura de Goethe y de Shakespeare; el chovinismo inundó a la sabiduría, la dignidad y la experiencia. Más pudo en esa época la gárrula inspiración de Hervé que la conciencia socrática de un Jaurès.

El resultado, aparte de los millones de muertos, consistió en el fracaso del sistema financiero. El oro, en vez de fluir en obras reproductivas, alimentó esas prodigiosas usinas de la muerte: Krupp, Armstrong, Vickers, Creusot.

El criollo que regresa de París nos dirá que se acabó la *griserie* de los argentinos. No más tango ya. París pone cara fea, y ya no hay más *pardon, monsieur* ni más *s'il vous plaît*. No pretendemos que dicha modalidad vaya solamente contra el extranjero, no. El burgués nacido en pleno París dirá que la vida se echó a perder. Se acabó esa dulzura de la preguerra y hasta el *demi-monde*, que tanto brillo daba a la ciudad. Los teatros se mueren de aburridos; las piezas que antes duraban un año en los carteles, no duran más de veinte días. Hay huelgas de *vestiaires*, y los restaurantes

posteran, o amenazan cerrar. Al fondo aparecen otra vez las nubes de Marte. Esa guerra, que había de ser la última, "para que nuestros hijos no vuelvan a sentir ese horror", no parece sino el preludio de otra peor.

Nos preguntamos: ¿Qué ocurrirá? ¿No se despertará un ogro mil veces más sanguinario y que llegue hasta golpear a nuestra virginal América? Tengo la certeza de que una Europa acorralada mirará a estas tierras como a un campo propicio a la ventilación y la expansión. La crisis es cada vez mayor en Francia, Suiza, Inglaterra, las naciones escandinavas. La nuestra es casi una parodia al lado de ellas.

Por este motivo, el nacionalismo continental, la hora de juntarnos, suena con más urgencia que nunca. En el mundo, asegura Spengler, despertó el hombre de presa.

TERCERA PARTE

Elogio de la tienda española

Primero España penetró con sus soldados y sus misioneros; después, con sus comerciantes. Nos encontramos, respecto al juicio formado sobre esa penetración, ante una injusticia, la que es fruto de falta de imaginación para juzgar por nosotros mismos, e ingenuidad para acaparar las frases hechas, que las naciones rivales de España echaron a rodar para ayudar a sus intereses.

Desde luego, se hace difícil el hecho de aceptar a fardo cerrado la leyenda de la crueldad española. En la América penetrada por España, el indio progresaba y su densidad aumentaba; en cambio, en las naciones americanas penetradas por anglosajones, el indio disminuía; no se le tomaba en cuenta, como colaborador, ni se le trataba en un pie de igualdad racial. El resultado es que la población aborigen en los Estados Unidos es ca-

sí nula; en cambio, en Perú, México, Bolivia, Paraguay, es mayor que antes de la conquista. Los jesuitas, que exploraron las regiones al norte del río de la Plata, civilizaron a los indios en forma tan recia y duradera, que produjeron esa república de hierro llamada Paraguay.

Las represiones contra la indiada rebelde, alcohólica y en armas, no fueron actos privativos de España solamente, por cuanto después de la independencia, nuestros más hábiles y gloriosos generales continuaron la misma obra, llamándola de "pacificación", esto es, de cultura. Aun en tiempos del presidente Roca, en Argentina, continuaban estas campañas en la pampa.

No sabríamos si la crueldad del indio hizo más crueles a los españoles; lo cierto es que, en nuestros días, a tanta distancia de la epopeya de la conquista, el europeo sufre en estas latitudes algo así como la angustia e irritación de una lucha contra el aborigen, o el que está más cerca de él, y que ya no usa la lanza sino otras armas espirituales, resucitando antiguas emboscadas y saqueos. Es natural que el ibero trasplantado, al darnos algo de su dulzura nativa, la perdiera en proporción como pierde peso el cuerpo en el baño de Arquímedes, en razón del agua que desaloja.

Después de viajar largo por España, me permito dudar de que el español sea cruel.

En su obra *Defensa de la hispanidad*, que no miro desde el ángulo político, el insigne Ramiro de Maeztu dedica jugosos párrafos al comercio español de tienda, y dice: "En todo caso, el orgullo de los comerciantes españoles de América consiste en facilitar el avance de sus antiguos dependientes, y entre las colectividades españolas alcanza mayor fama el que ha dado medio de establecerse por su cuenta al mayor número de dependientes". Las tiendas españolas y portuguesas dieron al comercio anglosajón, en lo que a nosotros se refiere, una lección práctica de honor y de generosidad. ¡No todo ha de ser loas al espíritu anglosajón! En efecto, el dependiente que ingresa en una casa mayorista o bancaria, no española, podrá vegetar ahí diez, veinte, treinta años, sin llegar jamás a ser interesado en el negocio. La casa española, cuyo ejemplo hemos tenido a la vista cada día, se ha regido por métodos más humanos e inteligentes. Desde luego, el propietario de tienda que prospera comienza a llamar a miembros de su parentela del pueblo de donde proviene, aportando así al país de adopción un gran material de trabajo, sin vicios ni manías. De esta manera se han trasladado a América familias enteras, y aun pedazos

de aldeas y de regiones. El que barre la tienda hoy podrá ser socio y propietario mañana. Casos así se dan cientos; en la tienda se incubó la sociedad criolla, la mejor. Eran gentes sobrias y modestas, bonachonas, serenas, ausentes de todas las picardías, en el momento de su llegada. Después, América les llena la bolsa, pero también les echa a perder un poco, confirmando lo que decíamos de los conquistadores. Ellos nos dan algo de su calma aceitada en la aldea natal; nosotros les traspasamos siempre algo de nuestras inquietudes, crueldades y sibaritismos.

¡Cuántos de nosotros los criollos no quisiéramos que las actividades comerciales actuales se rigieran por la moralidad de la tienda española, donde el estímulo y la estabilidad fueron las normas básicas de su función y progreso! Podríamos decir que cada barrendero llevaba en su escoba la pluma del "principal".

Las tiendas, esas pintorescas y románticas tiendas, cuyos escaparates llamaban a nuestros ojos infantiles, y cuyos nombres eran "La mar", "La dalia", "La mallorquina" o "Las dos Californias", fueron la cuna de familias acaudaladas en la actualidad. Además de eso, desempeñaron una actividad social de primer orden. Cuenta el general argentino Mansilla que la madre del tirano Rosas

esa mujer extraordinaria por su fuerza de carácter, hizo ingresar a su hijo en la tienda para que adquiriera buen trato, maneras distinguidas, y, en suma, para que aprendiera a rozarse con el mundo. No sabemos los efectos que esta clase de educación produjo en ese hombre providencial, mejor comprendido ahora que en su época, pero lo cierto es que si no en él, por lo menos en muchos criollos sirvió de escuela mundana. El tirano abandonó pronto la tienda adonde la perspicacia de su madre le destinara, por cuanto en la turbulencia del despertar de su gran patria le llamaban de manera más fuerte la pampa, el gauchaje y el rebenque, para domar al potro de la anarquía.

La tienda era buena escuela sin duda para futuros caballeros de un orden más estable. Pero ahora, estoy seguro de que una buena parte de la actual aristocracia bonaerense salió de atrás de los mostradores, donde ganaron la primera plata para adquirir chacras o estancias.

¡Y ojalá dominara en nuestra América un buen sentido de tenderos, y no el concepto inflacionista y desorbitado de los rastacueros, para quienes el mejor campo de acción es el desorden, a causa de los altibajos violentos de la vida, donde se puede vencer al trabajo metódico y a la virtud!

Otra de las formas sanas de la influencia es-

pañola en nosotros fue el teatro, principalmente la zarzuela y el drama. Me parece revivir esas emociones de la niñez, tan puras, de una sensualidad tan casta, llamadas: *La Revoltosa*, *El Guitarrico*, *El dúo de la Africana*, *La viejecita*, *La Gran Vía*, *La Verbena de la Paloma*, *La alegría de la huerta*, *El Pollo Tejada*, etc. ¿Qué será de la niñez actual, me pregunto, si nosotros, que bebimos en esas tan puras aguas de las aldeas hispanas, no somos en la actualidad unos santos? En esas zarzuelas pletóricas, llenas de la vitalidad amorosa y heroica a la vez de un sitio de Zaragoza y de una batalla de Bailén, los enamorados bailaban la jota, entonaban loas a las mujeres honradas, a la Virgen del Pilar y al fuego de la sangre española. Madrid, o las provincias, se nos presentaban bajo fascinantes luces goyescas, asimismo como en las tapicerías, que más tarde vimos en el Prado y El Escorial, donde majas y duquesas alternan en la más familiar alegría de vivir. Eso era España, casta y sana en su esencia, pese a las revueltas e intrigas de la política; eso era el nervio de la España castiza, con sus merenderos, sus ferias, sus manteos, su Rastro, sus *tíos vivos*, los organillos, el chotis. Y me vuelvo a preguntar: Si no salimos santos habiendo bebido en esas fuentes claras de aguas del Lozoya, del Ebro, del Guadalquivir, ¿qué será de los niños

de hoy? En la trama de la zarzuela española no había asomos de sex-*appeal*, de incestos, de inversiones, de gangsters, o de fulleros internacionales vestidos de frac.

Podría revivir el estado de ánimo en que nos encontrábamos un día domingo, cuando íbamos al viejo Odeón, de Valparaíso, a ver *El rey que rabió*, una de las zarzuelas más hermosas por su tema y su música. Se trata de un joven rey que sale disfrazado a los campos, junto con su Ministro de la Guerra, para conocer el estado verdadero de su patria... y se enamora de una aldeana bonita. Después, y durante muchos años, no pude ver segadoras, ni en mi tierra ni en España, sin que se desarrollara ante mi vista esa hermosa y sana vida irreal de *panó decorativo*..., y creía escuchar las trompas reales de una cacería y ver al rey, llegando con todo su boato, joven y hermoso, para revelarse a la aldeana y pedirle su mano. He soñado algo parecido en las tardes otoñales de Aranjuez, cuando las hojas secas caían de los árboles zigzagueando con una gracia de bailarinas, y se escuchaban pregones lejanos y cornetas de cuarteles, amodorradas. Por otra parte, el drama, de Calderón o de Echegaray, el gran drama español en general, que fue el alimento intelectual más fuerte de nuestros abuelos, mantenía en vigencia una pa-

libra que volvió a pronunciar un héroe espinoso y semiperdido frente a Valparaíso, en 1866. Era una palabra que cayó en desuso, una palabra que resume a toda la hispanidad, la tremenda palabra honra. ¡Ah! Ya no se oye decir: "La honra". Un diario de Valparaíso me tildaba de algo así como antichileno por haber comprendido de manera humana y castellana el drama de Méndez Núñez frente a Valparaíso. Es que no supo ver ese articulista mi actitud de hombre herido, ante una tradición de hispanidad amenazada de pérdida, y que es aún todo lo más respetable que poseemos. En suma, lo que él juzgó antichilenidad es lo que, precisamente, podría exhibir de más chileno. Atacar a España sería contraproducente, como pretender destruir a nuestras propias raíces.

Las piezas teatrales clásicas que estrenaron en estas costas los inolvidables actores Calvo y Vico eran algo así como talismanes donde se encerraba un pasado de caballerosidad y de honor. No solamente el drama influenció a nuestra sociedad. Vico, Calvo, y más tarde Díaz de Mendoza, fueron a la par dignificadores del escenario y astros sociales. Nos trajeron del viejo solar unas maneras señoriales tonificadoras del ambiente, de la lengua, de la elegancia. Aun ciertas tiendas hispanas se ofrecían a manera dual de comercio al por me-

nor y de salones, donde algunas damas encontraron a veces mayor ingenio y galantería que en sus propias casas. En países a medio crecimiento, cualquiera insinuación de la parte materna promueve gratitud secreta. Gozo de amigos que todavía hablan, cuando están festivos, en giros de zarzuela, de tienda y de dramas españoles.

Dos de mayo

Por nada debemos congratularnos tanto como por llegar al conocimiento de las cosas. Respecto a España, los americanos del siglo XIX fuimos inducidos en el error; nos dieron a entender que esta nación era la imagen de la decadencia. Poco a poco la verdad ha ido resplandeciendo. Después del desastre de 1898, con la pérdida de Cuba y Filipinas, España comenzó a probar, por medio de un rápido florecimiento, que la causa de su marasmo fue su manera altruista de colonizar, entregando lo mejor de su sangre. Waldo Frank encontró la expresión exacta de este fenómeno cuando escribió: "El ideal de España fue visionario y altruista, como Estado, siendo así que debe ser estrictamente oportunista" (Inglaterra).

Por otra parte, y a pesar de los prejuicios, ningún país ha tenido tantos admiradores espon-

líneos como España. Millares de páginas lo prueban. Obsesión de España fluye en las obras de Victor Hugo, Mérimée, Dumas, Turguenev, Pierre Louys. Me decía Santos Chocano que si debieran perecer todas las obras del mundo, menos dos, él pediría que quedaran *Sangre, voluptuosidad y muerte*, de Barrès, junto con otra de D'Annunzio. Ahora, *Sangre, voluptuosidad y muerte* es la exaltación de la elegancia espiritual española.

El conde de Keyserling ha escrito lo siguiente: "Para mí no hay duda: en lo ético, España se encuentra a la cabeza de la actual humanidad europea".

Además de estos elogios, debo recordar que en el mundo se publican centenares de miles, y aun millones de ejemplares de magazines en lengua inglesa, y en esos magazines ilustrados los cuentos a base de mestizos iberoamericanos prueban el interés que el público anglosajón tiene por los hijos de España. Mayne Reid y D. H. Lawrence son los maestros de esa clase de literatura. Aunque en muchas de esas historias se nos achaquen crueldades y ridiculeces, ello no obsta ni quita la parte de elogio que se advierte en la manera de observarnos. El famoso escritor Lawrence vivió perfectamente fascinado por el tipo místico y sensual, introspectivo y taciturno, del mestizo mexi-

cano. En el cinematógrafo buena parte de los temas y buena parte de los actores pertenecen al universo hispano en sus múltiples brotes y retoños diversos.

Hace poco, y con motivo de la celebración del jubileo del rey Jorge de Inglaterra, los telegramas nos decían que se representaría en Londres la ópera *Carmen*, por ser la favorita de este monarca. También lo fue del célebre Nietzsche, el amigo íntimo de Wagner.

La película cinematográfica que mayor público atrajo en los últimos tiempos, *Una noche de amor*, ha hecho revivir en forma de vibrante española la habanera de *Carmen*.

Uno de los libros más famosos del siglo XVII, el favorito de María Antonieta, fue el *Gil Blas de Santillana*, por el francés Lesage.

¿De qué provienen estos fenómenos? Yo no lo sé a ciencia cierta. Recuerdo solamente que algunas veces, en Madrid, en Córdoba, en Málaga o en Sevilla, tuve, sin buscarla, en alguna calle o encrucijada, la sensación súbita de la gracia y la belleza humanas, de la ética de los siglos, concentrada en la más simple expresión, en el andar o en la manera de abanicarse de una mujer. Y es que, a veces, en esas expresiones callejeras de los pueblos poseedores de una fuerte tradición se

condensan siglos de experiencias. Hay en el andar de una maja de Madrid una escala de hechos estupendos que va desde los conquistadores fenicios, griegos y latinos, hasta el rey moro y los Borbones de anteayer. Por eso un *Capricho* de Goya suele hacer hervimos un poco la raíz de los cabellos. Una maja en la Castellana, al lado de su *dueña*; unas brujas desdentadas de las Cambroneras; un torero atravesado por las astas en la *Plaza Mayor*. . . , todo eso lo hemos visto, lo hemos retenido y presentido con las sutiles antenas del pensamiento. Madrid, ese Madrid que ya no veré más, antes de los desmontes de las calles Abada, Jacometrezo, Horno de la Mata y Ceres, continúa siendo una de las fuertes obsesiones de mi espíritu. Yo no sé qué extraña embriaguez comunican los recuerdos españoles.

Hay, además, en España, un sentimiento democrático, no político, sino natural; más bien dicho un sentimiento humanizante que nos hace experimentar la alegría de vivir y de poder ser o colaborar en cualquier terreno, de igual a igual, en un ambiente fraterno, así sea en el café de la plaza de la Cebada, en Fornos, en el Colonial o en el Varela.

El que haya vivido en España, por allá en 1915, durante la guerra, comprender podrá aque-

llo que dijo Unamuno: "No se trata de europei-
zar a España, sino de españolizar a Europa".

Y es que España miraba neutralmente a los beligerantes de entonces, como un Quijote al caer la tarde de la vida, y diciendo filosófico: "¡Lo que a mí me gustó eso en otros tiempos!" Porque España venía de vuelta: había hecho ya la guerra en todos lados; estaba cubierta de cicatrices... y ésos eran sus resultados, porque hizo las guerras no por oportunista, sino para divulgar el tipo humano y universal de su raza, el tipo de gente que vimos en el Café de San Marcial y en el Colonial, un poco de Quijote y otro poco de Don Juan, los mayores mitos universales.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

La Fuente de la Teja

La Fuente de la Teja no aparece en el *Baedeker*; está fuera de la órbita del turismo elegante. No por eso deja de ser un sitio famoso en las afueras de Madrid.

Seguidme, lectores, a la Fuente de la Teja.

Es un domingo de agosto, la bella estación, inspiradora de madrigales y bucólicas. Las mujeres llevan sombrillas y se abanican con maestría y gracia especial. Después de ver abanicarse a las mujeres de esta tierra comprendemos mejor los abanicos. . . ¡Cómo vibran con ellas! ¡Ras! Se cierran bruscamente. ¡Ras! Se abre el varillaje. Hablan al novio, y en la Corrida ponen un velo dorado a la *débâcle* de los rocines con maestría que envidian las extranjeras.

Caminando más allá de la Estación del Norte y pasando junto a un jardín real cerrado como

cárcel, llego a las márgenes del Manzanares, don de existe un puente sin complicaciones. ¡Qué hermosos son en Europa los puentes en los ríos! El que voy a pasar no es imponente como los del Sena, ni arquitectónico como los del Urumea, ni grandioso como el London Bridge, ni sublime como el de Lucerna: es gracioso, de puro rústico, como aquellos que se ven en La Chaumière, aldea de juguete que hicieron los jardineros franceses del siglo XVIII a esa pobre Antonieta que más tarde perdió la cabeza en toda forma.

Ya he pasado el puente. Sigo por la orilla del Manzanares y se ofrece a mi vista un espectáculo nuevo. El río aparece cubierto de casuchas, montones de ropa divísanse sobre las piedras, y más allá, del otro lado, un enjambre de chiquillos retozones de ambos sexos que chapotean alegremente, *in puris naturalibus*.

Las casuchas pertenecen a las lavanderas o las bañistas. Algunos, por el mismo camino que sigo, se dedican a la pesca. Las lavanderas sudan copiosamente refregando la ropa que ensucia Madrid; sus brazos desnudos tienen resistencia de mazas, sus cabezas se mueven de arriba abajo de una manera rítmica, sus espaldas se arquean. En algunas partes las casuchas son tan numerosas y están juntas de tal manera que no se ve el agua del río

debo advertir que es un río sutilísimo, casi como el Mapocho; pero es más dulce, infinitamente más dulce y poético este Manzanares. El Mapocho es el río típico araucano, chico, beligerante y solapado, que ataca en cuanto se siente fuerte. Yo quisiera haber visto nuestro río tal como lo vio el primer español que llegó a ese valle: me lo imagino como una terrible culebra azul cascabeleando por el sobrecogedor paisaje granítico, árido, unicromo cual llanura lunar. El lecho del Manzanares es propicio al amor; el lecho del Mapocho es propicio a la violación y al asalto. Los puentes del Manzanares son versallescos; los del Mapocho son afrentosas estructuras de catálogo yanqui. Pero sigamos. Dondequiera que miro reina actividad: carros tirados por cinco mulas vigorosas, de una en fondo, se mueven en medio del agua, o por la orilla, acarreando arena destinada a las construcciones que traen revolucionada la ciudad. Es el momento crítico del trastorno urbano: el ansia de renovación. Hace recordar las jornadas febriles de París, parchado y partido en cruces por el genio vigoroso de Haussmann, moderno Atlante. Las jornadas de Rougon-Macquart. . . El paisaje ha perdido la solemnidad cervantesca; un tren arranca por el parapeto tapizado de verde, dejando su gran penacho de animal modernista por el aire estáti-

co, brillante de luz; los gañanes, con las plantas clavadas en el lecho áspero del río, gritan y hacen restallar los fuetes por encima de las mulas sudadas.

A pesar de ser domingo se trabaja febrilmente; las invocaciones al cielo son enérgicas. Es cosa de países muy religiosos tomarse grandes confianzas con Dios. Así pensó Stendhal, en las iglesias italianas, viendo cómo acudían las damas a las citas de amor. Los españoles se han ganado el derecho para chirigotearse con el infinito, después de tantos siglos de trato íntimo. Por eso los carreteneros y gañanes la emprenden con El a gritos en cuanto se enlizan las ruedas de sus carretones, o se empacan sus mulitas; se le reta de una manera exuberante y pasajera, como hacemos con los grandes y buenos amigos que nos cuentan sus miserias y nos piden dinero. Haciéndome estas consideraciones llego a una arboleda de lo más concurrida, en uno de cuyos extremos se alza la rústica Fuente de la Teja. Estoy en la meta: la feria popular de los días festivos, pulmón de los arrabales madrileños. Dominan los uniformes de los soldados y los percales de las criadas; hay un movimiento constante de trajes chillones, de vendedores, de charlatanes, músicos ambulantes que toman colocación rodeados de curiosos, enamorados que

pasan mirándose en los ojos, ramilleteras con delantal; pegados a los troncos de los árboles hay puestos de fruta, helados, buñuelos, horchata de chufas; vense ruletas, tapetes verdes, donde pequeños jugadores de blusa se hacen desplumar pasando por las mismas angustias de los grandes jugadores de los casinos.

El enjambre humano runrunea en el tapiz verde obscuro donde los rayos del sol, pasando por el cedazo de follaje, hacen monedas de oro viejo. Reina una gran fraternidad en esa muchedumbre unida por el amor, por el impulso a gozar, se ven caras sensuales y tiernas, amables y picarescas, llenas de la alegría de vivir. En los bancos de piedra hay parejas electrizadas que se enlazan temblando. Grupos de niñas de espesas cabelleras, con grandes ojos expresivos y formas goyescas, pasan provocativas, con esa manera plebeya de llamar la atención tan adorable en las hembras; a nadie chocan; son graciosas, ágiles y alertas; saben levantar la falda, hablar y taconear con arte; toda su elegancia está en el peinado y en el zapato.

La ciudad las ha cambiado un poco, pero conservan la dulzura de los campos: Madrid las desentumece, las afina, pero pone de relieve su ignorancia. Son pura materia prima, buen pueblo español. Sumisas a la suerte de España, ignorarán

siempre que su sangre, mezclada allá lejos, cuajó para formar un mundo. Este buen pueblo abrió las ventanas de la humanidad. Se baila el aurresku, la gallegada, el fandango, la jota aragonesa. Las regiones que se vertieron en las tierras descubiertas están representadas por las cocineras, doncellas, artilleros y húsares de Pavía.

Hasta mis cabellos sube la emoción, mi emoción de americano.

La murga se ha puesto a tocar un aire vigoroso con platillos y cornetas, una especie de jota militarizada; todo en la Fuente de la Teja tiene un sabor marcial, bonachón y popular que no molesta; los soldados no son arrogantes, ni miran en menos a los civiles. El cuadro se anima como por encanto, dos parejas se ponen a bailar, una enfrente de la otra, con esa maestría natural típica de esta tierra. Termina esa música y un poco más lejos se oyen una gaita y un tamboril que tocan la gallegada, alerta y viril como una diana; cualquier invitado sale al ruedo sin respingos ni vacilaciones, y hace las figuras de la danza como si fuese su oficio. El bullicio y la alegría siguen su tren iluminando las dulces caras, sacando de sus bancos a las parejas enlazadas con fuerza irresistible. ¡Cómo están de retozonas y pizpiriguas las criaditas! Cada una ha encontrado compañero

el tiroteo de palabras agudas, hábito nacional, está en su apogeo. ¡Cuánta gracia picaresca hay en sus cabecitas llenas de ilusiones! Podría tomárselas por mujeres avezadas o cínicas en el trato con los hombres por lo trascendidas y prontas para la réplica. El que piensa de tal manera engáñase; tratándolas un poco se ve que ese ropaje deslumbrador adquirido en la vida madrileña no es más que exuberancia femenina, coquetería sana, propia de una raza elocuente.

Estas mujeres españolas tienen un sello especial, algo que no se ve en las mujeres de ninguna otra parte: denotan una gran energía natural y un afán poco común en este siglo a cumplir su rol tal como debe ser. Se las ve deseando ser madres: todo en ellas dice su instinto femenino; tienen las caderas muy amplias, los ojos muy cariñosos y los senos muy combados para pensar en cosas que no se relacionen con la maternidad. "Aquí, entre ellas, debe estar —pienso yo— la muchachita que soñé, la buena *ménagère* sencilla, sin diplomas, que guise y que planche cantando. . . "

La esperanza de esta fiesta o el recuerdo de ella rebrillará durante la semana dándoles bríos para el trabajo. . . Ninguna patrona en Madrid osaría quitar la salida dominical a su criada.

Y he aquí, lectores chilenos, que en esa Fuen-

te de la Teja yo hice tristísimo papel, meditabundo y grave pasé en medio del bullicio y la algazara, porque se me ocurrió pensar en las sirvientas de mi tierra, en mis conciudadanas de delantal, con treinta pesos al mes. Pensé en la triste condición de esas servidoras de allá, idólatras, ingenuas, primitivamente indijadas, que endulzan nuestra niñez con su ternura fiera de animalillos domesticados, brindándonos en holocausto toda su feminidad... La sirvienta chilena sin novio ni Fuente de la Teja. En parte se debe la ausencia del pueblo de las fiestas nupciales al estado de depresión en que se encuentra, por haber quedado a media evolución en sus trabajos de incorporar semillas hispanas. Nadie ha escuchado en las calles el grito de ¡vivan los novios!, tan corriente en España. El pueblo carece de trajes y de fiestas propios; va a remolque de la minoría de arraigo más europeo. Permanece zahareño y cohibido, esperando que tomen por él las grandes iniciativas; en tal sentido, pocos pueblos de la tierra padecen mayormente lo que la ciencia moderna llama el "complejo de inferioridad". Por otra parte, tal estado de sumisión profundo se mantuvo sin espíritu deliberado, sino en forma natural. La adopción, de golpe, de ciertas normas europeas, o adelantos, fracasa en nuestra América. Será motivo de otros artícu-

los el deseo de probar que carecemos del sentido del dinero, del matrimonio y de la propiedad, como en Europa.

A la tercera generación, el europeo pierde estos sentidos, fruto de espíritu religioso profundo.

La cultura, poco a poco, hará que la masa popular y la gente adinerada se penetren de ellos. Explicar nuestros problemas sin prejuicios, es la mejor manera de progresar. El choque de Europa con el indígena produjo una tromba de pasiones que poco a poco se apacigua; la sociedad de arraigo europeo reciente se separaba de la masa indígena, cuyos desórdenes natales le impedían prosperar y la impelían a naufragar en el desorden.

El hombre corriente no está preparado para el matrimonio. Carece de la previsión necesaria, sus hijos van a parar en los asilos. Muy pocos entregan el jornal a la esposa. ¡Cuántas veces vemos a éstas esperando, en las tardes de paga, a las puertas de fábricas y otras empresas, para salvar la parte de la comida! Poco a poco, la sociedad que conserva las virtudes hispanas se ha transformado en protectora y madre de las familias populares abandonadas.

El no haberse fomentado las bodas populares dentro de un carácter festivo y al aire libre, co-

mo la escasez de salarios, son detalles. La mujer criolla, ánfora de las virtudes succionadas por Amé rica, es el símbolo de la raza; el hombre criollo e el símbolo de la violencia de una selección tan rápida que anuló en gran parte su vitalidad y su ginalidad de espíritu. He dicho que América cuando incorpora hombres europeos, los hace pe manecer en estado de germen o esperma, en su enorme matriz, hasta que se equilibran con el paisaje; de ahí su inferioridad respecto a la mujer. Pasarán muchas generaciones antes de que los pobladores de nuestro continente, destinado al mestizaje, gane el equilibrio con el clima. Por ahora, América se depura y mantiene su esencia en el crisol y el ceñidero de sus mujeres. A causa de ello, las niñas humildes, cuando entran al servicio de casas particulares, suelen volverse más virtuosas que las señoritas a quienes ponen bajo sus cuidados. Yo recuerdo con sincera emoción a las Felicias, las Cármenes, Cruces y Marías que endulzaron nuestra niñez, defendiéndonos al mismo tiempo de los peligros y pasiones del mestizaje. Algunas criadas chilenas, según escribimos en otra parte, son expatriadas por magnates o diplomáticos norteamericanos, quienes saben apreciarlas; a veces se casan en lejanos países, y dan excelentes resultados. En la Fuente de la Teja, contemplando

las danzas nacionales de las españolas, fui asaltado por estos pensamientos, concordantes a manera de marco y detalle con el tema esencial.

Con mucha ternura las contemplé: gallegas, vizcaínas, extremeñas, asturianas; vigorosas, bonitas, bailaban con los soldados en esa fiesta sin alcohol, al son de tambores y cornetas. Hembras sanas y amables, ingenuas y femeninas hasta la médula.

La mujer española goza como ninguna mostrando a sus hijos. No los abandona ni un momento. En el café la vemos que de repente saca un envoltorio de bajo el velador y por el jubón abierto aplica sin inmutarse el pecho pletórico a la boquita ávida que aparece entre los pañales. En los teatros, cuando estamos exaltados por la escena más patética, un rorro del gallinero rompe a llorar. ¡Esto es admirable! El secreto de la vitalidad española, que Bismarck proclamó, está en la mujer. Por eso, a pesar de todo, la sociedad española está asentada en base firme. En cambio, en mi tierra, si brota una sola chispa, estallará una catástrofe. No olvidemos que las analogías étnicas, históricas y civiles existentes entre los pueblos mexicano y chileno son muy sugestivas para nosotros. En Chile el pulque se llama aguachucho; el azteca, araucano; el catrin, futre, y los huaraches, ojotas.

La tragedia puede desatarse allí donde el bajo pueblo poco podrá perder, porque no tiene hogar ni economías y vive una eterna noche del sábado, un aquelarre de alcohol y lujuria. La causa de la desorganización de la familia del pelado mexicano, mestizo de azteca y español, es la misma que la del roto chileno, mestizo de araucano y español. En Ciudad de México existe una Corte de los Milagros como en Santiago. En pocos pueblos en el mundo se ven caras tan espantosas de maldad y vicio como en Chile y México. Al lado de los palacios y de las fisonomías hermosas, contentas de vivir, se ven los ranchos jorobados y las caras patibularias. Se nota una diferencia de clases y de vidas que hace temblar.

Hay que nivelar esas sociedades americanas para hacer de la arisca masa popular un factor de cultura. Es preciso que los humildes no parezcan de una raza aparte, destinada a la servidumbre, acomodar al bajo pueblo a la vida moderna, por medio de una educación enérgica, venciendo su esquivez natural. Sus buenas cualidades prevalecerán siempre, porque son su esencia.

Madrid, 1917.

Literatos españoles y política

Desde luego, reconozco la generosidad, la hidalguía, no usada como palabra de cajón, de los escritores españoles en sus relaciones con los iberoamericanos.

Podría citar docenas de ejemplos de su cariño, de su hospitalidad respecto a nosotros. Lo que muchas veces nos negó el círculo literario local, nos lo dio España, acrecentado. Esta generosidad es fruto de la fuerza, del concepto en el propio valer de los pensadores, que hacen de Madrid el incontestable meridiano intelectual. Escritores americanos, de primera y segunda fila, encontraron en Madrid la patria, justificando nuestro aforismo: "En todo americano hay un indiano que vuelve".

Conocido es el caso de Rufino Blanco Fombona, desterrado de su propia patria y aceptado por España en forma tan íntegra que ahora es go-

bernador de Pamplona, y se sienta en la misma silla donde administraron justicia los graves reyes de Navarra. La paternidad de la literatura española sobre la nuestra es incontestable; pensadores como Ortega y Gasset imprimen honda huella en nuestra juventud, comparable solamente a aquella que, años atrás, imprimían los filósofos franceses.

Tras este preámbulo, vamos a explicar objetivamente la causa de la paternidad que ejerce la literatura hispana sobre la nuestra, no la paternidad que hemos esbozado, por el cariño y la benévola acogida de que gozamos en Madrid, sino la paternidad por el valor de magisterio de esa literatura, apuntando al mismo tiempo su defecto básico.

En primer lugar, España es un país aliterado, y a este defecto podemos achacarle algunos desastres civiles y políticos. Durante el segundo año de la Guerra Europea, visité Madrid y noté un caso típico: algunos políticos hicieron ver la conveniencia de pedir compensaciones, en vías de resolver el caso de Gibraltar. Pues bien, a los pocos días la discusión se aliteró, degenerando en una controversia bizantina, a saber, si Gibraltar debía escribirse con G o con J.

Gide asegura que cuando un filósofo le contesta una pregunta, él se olvida lo que ha pregun-

tado. Igual cosa podría decirse de las respuestas de los retóricos y gramáticos.

Dos literatos españoles han vivido su literatura: Blasco Ibáñez y Pío Baroja. El primero, a la manera francesa; el segundo, a lo plebeyo. Alejandro Sawa bautizó a Baroja con el imborrable epíteto de "paleto tétrico". Eso es: un paleto anarquista, turista desarrapado en carros de tercera o a lomo de burro, que se hace panadero o tipógrafo, y va maldiciente, cubierto de manchas y peludo. Casi siempre damos con el tipo de escritor solitario, inadaptado; rara vez se produce el escritor ungido de poder político y simpatía personal capaz de dar a su obra capacidad de penetración en la masa.

Salvo en los casos apuntados y otros de menor cuantía, la novela española no corresponde a la vida del autor, como sería el caso de Barbey d'Aurevilly o el de D'Annunzio. La generación del 98 española es macerada, pobre, fruto de vigilias y cerebralismo. No es que España carezca de vida alegre; lo que hay es que la alegría es exclusivamente plebeya y el literato se hizo, por educación y orgullo, una barrera entre él y lo plebeyo, más fuerte aún que la barrera entre los reyes y lo plebeyo. Y este fenómeno es fatal, por cuanto la fuerza de la vida española reside en lo popular;

una duquesa en día de fiesta se viste de chula. Goya pintó costumbres populares. Los Borbones se achulaban.

El escritor permanece algo señorito, umilateral, flor desecada entre las hojas de sus libros, y por eso sus obras manifiestan un aire de encierro, algo antihigiénico, exento de gimnasia y de sol. Una de las causas del retraimiento y falta de experiencia mundana de los escritores españoles ha sido su escaso trato con mujeres. El sentido moruno del matrimonio, la ausencia de señoritas solteras en su sociedad y la carencia de fiestas de clase media hicieron del escritor un asiduo parroquiano de café, esto es, de tertulias de hombres, relegados a ver camareras y cortesanas, más inclinadas a simpatizar con aristócratas o chulos que con ellos. Así, muchos españoles se inician en la vida social moderna en nuestra aporreada América; aquí beben el primer coctel y ensayan el primer flirt, o sea, un amorío sin obligaciones nupciales. Es sabido el efecto de iniciación que nuestras impulsivas y fascinantes mujeres producen en los escritores metropolitanos.

El literato español, colocado entre el egoísmo de la aristocracia, la ausencia de vida social burguesa y el plebeyismo, creó una clase soberbia la literatura. Su calidad de clase hizo a esta litera

tura agresiva, solitaria, fuera de la realidad y del problema, incapaz de acción comunicadora y fraternal.

Para un observador sutil, los mayores talentos españoles actuales, Ortega y Gasset desde luego, esconden ambiciones políticas candentes que les son escamoteadas por los Azaña y los Largo Caballero. Esto en visible detrimento del orden social, o sea: de la disciplina y de la jerarquía. El pueblo no acepta renovadores con capa de armiño y cetro; es preciso esconder tan temibles atributos. El periodismo y la oratoria, primeros escalones del César, deben vestir de mezclilla, y, a veces, de overol. El amo de Italia no es el César nato: D'Annunzio, sino que lo es Mussolini; el amo de Alemania no es Spengler, tampoco lo es Keyserling, sino que lo es Hitler. El amo de Francia no fue el enorme y formidable Barrès, sino que lo será Maurras. Y Barrès llevaba en su alma mil Mussolinis.

Nosotros reconocemos la superioridad del literato español; nos retemplamos en su estilo solemne como un rodar de astros, pero esa literatura no nos entretiene ni nos fascina, como ocurre con la literatura inglesa, francesa, norteamericana o rusa. Aparte de Blasco Ibáñez, en España no hay novelistas en el estricto sentido del concepto; ni hay maestros espirituales capaces de arrastrar a las

masas bajo sus tesis. La revolución española se opera, pese a Ortega y Marañón, en un caos de ataques a la corona, y culmina en la derrota de ésta, no por los ataques, sino a causa de sus burdos errores. En cambio, en Italia y Alemania, los ataques al régimen tradicional son encauzados en forma precisa y organizada.

Los escritores españoles son incapaces de *bajar a la calle*, y si hacemos hincapié en su impotencia para devenir líderes, ello proviene del convencimiento de que muchos han sido defraudados en sus esperanzas de gobernar: Unamuno, Azorín, Ortega. A este último le faltaron la convivencia, la experiencia, el conocimiento vulgar de la naturaleza humana y la simpatía comunicadora e irresistible del político.

El admirable desmontador de historia sabría explicar pieza por pieza la armazón de un Mirabeau, pero no sabría ser un Mirabeau. Es débil cuando intenta la acción fulgurante y directa a causa de la educación teológica y de su soberbia. El pueblo desconfía justamente de quienes dicen amarlo y no saben hacerse un lenguaje cariñoso y popular.

Si es verdad lo que apunta Lessing, "que el genio ama la sencillez y el ingenio la complicación", entonces la literatura española de la época presen-

te es de ingenio. Aparte de Baroja, la novela nos muestra tipos literarios, desde ese *Belarmino y Apolonio* donde nos aplasta con la historia del calzado que cualquiera podría conocer en la Enciclopedia Británica. Los novelistas procuran agobiar al lector mediante su sabiduría. Hacen siempre el efecto de dar clases y de pontificar.

El latín ha establecido, en los países donde se le enseña, una clase social, y es útil en el escritor que sabe valerse de él como base, sin demostrarlo. Las naciones fuertes no han permitido la eliminación del latín porque es la barrera principal entre la enseñanza superior y la secundaria. Pero no hay que dejarse dominar por la instrucción teológica. Nótese este fenómeno: si la revolución española no da sus frutos, ello proviene de que los revolucionarios quedaron infiltrados por la escolástica jesuítica, de brillante fondo y pesado manejo. Leyendo a Pérez de Ayala recordamos las controversias ingeniosas de las clases de teología, donde cada alumno pugna por parecerle genio al sacerdote profesor.

Crueldad, sadismo y selección

Habiendo observado la vida nacional en sus vísceras –en el periodismo–, que está más cerca de la política que todo lo regenta, me atreví a completar este pequeño volumen trazando cuadros sobre las virtudes y la fuerza españolas, a las que debemos regresar, y de nuestra crueldad, ocio y crepúsculo del espíritu emprendedor, que debemos combatir.

En los recuerdos españoles, reveladores de mi comprensión de España, trazo la manera de volver a ser grandes y respetados. El vidente Eça de Queiroz, en una de sus más útiles y luminosas creaciones: *La ilustre casa de Ramires*, nos anticipa un cuadro vivo del Portugal de ayer y de ahora en las inquietudes, las zozobras y temores del Hidalgo de la Torre, cobarde a veces, desilusionado, escéptico, generoso y tímido, que al fin,

en irresistible empuje, encuentra la antigua energía de los Mendes Ramires, sus ancestros. No creo haber encontrado un símbolo mejor del Portugal de 1910 y el de ahora, el de 1934.

Al fin, termina diciéndonos el novelista, ¿a quién se parece el Hidalgo de la Torre?

"—¿Sabes a quién se parece?

"—Tal vez se rían. Pero yo sustento la semejanza. El Hidalgo, con sus flaquezas y su dulzura y su bondad, la inmensa bondad que indicó el señor Padre Sueiro; con sus entusiasmos, que acaban en humo, y la persistencia cuando se encariña con una idea; con su generosidad y sus sentimientos honrados y sus escrúpulos casi pueriles; con su imaginación que lo lleva siempre a exagerar hasta la mentira, y al mismo tiempo un espíritu práctico siempre atento a la realidad útil; con su viveza y su facilidad para comprender y la esperanza constante en algún milagro, en el viejo milagro de Ourique; con su vanidad y su sencillez tan grande, que da en la calle el brazo a un mendigo; con su fondo de melancolía, a pesar de ser tan hablador y sociable; con la desconfianza terrible de sí mismo, que lo acobarda hasta que un día decide y lo arremete todo heroicamente; con su Torre de mil años, y hasta con aquel arranque de

marchar a Africa; así, todo completo, con el bien y el mal, ¿saben ustedes a quién me recuerda?

"—¿A quién?

"—A Portugal."

¡Ah, sí! Solamente el genio del Balzac portugués pudo darnos en un cuadro de arte el anticipo de lo que debía ocurrir, esto es, la grandeza por la tradición. Yo mismo creo que el Chile futuro no saldrá del optimismo de pato y del patriotismo cerrado de un hijo de alemanes, de un sirio, de un turco, o de un hijo cualquiera de extranjero rico, de esos que admiran bulliciosamente a esta tierra donde se mueven como los amos nuevos, llegando hasta cometer la insolencia de censurar —sin compenetrarse de nuestro espíritu— el cansancio, el escepticismo y la cobardía que a veces nos llenan hasta llevarnos a los labios solapadas y terribles injurias a esta bella patria. Yo no creo en el patriotismo gritón de los comerciantes e hijos de comerciantes extranjeros radicados en Chile. Repugna la alegría zoológica del aventurero que emigró con una balanza y un letrero donde dice: "Se compra oro".

A todos ellos prefiero un hidalgo escéptico y cansado, de la pura cepa criolla y que, a veces, sin los miedos del meteco recién llegado, se atreva a zarandear a la patria. Mis escritos, como el carác-

ter de ese hidalgo portugués de Eça de Queiroz, son disparejos, duros hasta el exceso, o sentimentales hasta lo azucarado; son viciosos, enfermizos y violentos hasta rebosar vida a borbotones. Son Chile. No aspiro a otra cosa, ni a otro elogio mayor que al que Gabriela Mistral estampó en el artículo de *La Nación*, de Buenos Aires, y que va de prólogo de estas páginas. Nunca he aspirado a ser patriota de banquete, excesivo patriota sospechoso al igual de los gestores de minas extranjeras; ni aspiro a ser patriota novísimo chileno, como esos judíos alemanes que traen su balanza y su letrero: "Se compra oro". Tengo derecho a ser patriota al revés de ellos, buscando la salud de esta patria, que llevo dentro de la sangre en cien cruces, la patria continental. Por un lado entronco en Rosas, la misma familia del tirano; por otro, en los Pinto, que fue ayudante de campo de Belgrano; por otro, Edwards, y el todo lo cierra Bello. Como cualquier plebeyo que se llame Soto, Zúñiga, Albornoz o Ponce, yo desciendo de Alonso de Reinoso, antepasado de los Rosas. Mantengo el derecho de expresarme del continente en otra forma que el hombre de aluvión, que el aventurero de la última hornada, aspirante a ser criollo y cuyo deber por eso mismo consiste en respetar otros fenómenos nacionales

que no sean la compra de oro chileno y la venta de abalorios europeos.

Mantengo una fe absoluta y de fondo en la tradición chilena de arraigo hispano, a tal punto que, comprendiendo la armazón indiscutible de las leyes favorables al divorcio, soy contrario a ellas. La lógica material está por el divorcio. Prefiero ser ilógico y dejar al matrimonio su sabor divino, arcaico, su carácter de contingencia y de azar humano, como todo lo humano, en lo cual podremos perder o ganar. Lo sublime del matrimonio indisoluble es su carácter de abismo de cuerpos y de almas. "Boda y mortaja del cielo baja." Evitemos al misterio de las uniones sexuales la vergüenza de los tribunales y del papel timbrado. El matrimonio es un misterio más español que de ningún otro pueblo de la tierra, porque el español sabe agonizar y para él se hizo la frase: "Porque el delito mayor del hombre es haber nacido".

La campaña pro divorcio implica la ingenuidad de buscar un medio de felicidad a lomos de la ley, lo cual es tan absurdo como cualquiera forma artificial de encontrar la felicidad. Ni en el cambio, ni en el estático seremos felices, y así, en la contingencia, más vale no mudar y resignarse. Lo que está ausente del matrimonio en esta hora es el espíritu de sacrificio, el reconocimien-

to de la superioridad del hombre y su admiración por el marido en la mujer.

Si imitamos a *Cerdolia*, tal como llamó Vargas Vila a los Estados Unidos, y en este caso no erró; si imitamos en el amor y en el matrimonio a Hollywood, decaeremos como toda raza, como toda sociedad que imita, que plagia.

Si mantenemos el concepto *agónico* del amor y del matrimonio a la española, llegará día en que esa sociedad yanqui, que hizo degenerar al matrimonio hasta darle una importancia de vuelta de vals, quiera imitarnos. Es mil veces más de hombre sobrellevar desavenencias conyugales antes de liquidarlas sirviéndose de los rábulas. Nadie está más metido que yo en la maraña de lugares comunes con que se explican los fenómenos y problemas corrientes. Soy periodista. Pero también tengo una parte del espíritu, infranqueable para la frase hecha. Conozco de memoria los argumentos empleados para pedir la implantación en nuestra familia del sistema de Hollywood, donde a veces, en un banquete, puede verse a una dama que ha servido sucesivamente a tres de los banqueteados. Yo desearía ahorrar a mi patria ese asco, y no experimento clericalismo alguno al colocarme en este lado de la barrera. En la revolución mundial se trata de vivir, de perdurar o de perecer, y bus-

es sencillamente las fuerzas de mi tierra, en su raíz. Si, aun no habiéndose dictado las leyes de divorcio, existe de hecho entre nosotros la separación, por burla de la ley, ello debe achacarse a la podredumbre de la justicia. . . , pero este aspecto es cuestión de policía, es labor del partido y del hombre que ha de salvar a la patria.

Cuando el continente iberoamericano, o indomediterráneo[1], sea un país solo; cuando hayamos imitado de los yanquis la unión, que es su mayor virtud nacional, entonces valdremos bastante más que ellos, a causa de la santidad de nuestras raíces, a causa del espiritualismo hispano. En la alta sociedad inglesa, y posiblemente en la corte de St. James, saben que un caballero brasileño, chileno o colombiano es más caballero que uno yanqui. El error de las sucias demagogias iberoamericanas ha sido ofrecer el adelanto por medio de leyes, y no por los trabajos y el espíritu. Ocurre que hay más leguleyos y menos educadores. En mucha parte la obra unionista de Lincoln quedó deshecha por la desunión en la familia practicada por los tribunales. Estúpidos seríamos si imitáramos la parte peor de los Estados Unidos, en la forma actual de imitar de Francia, ni

[1]En 1918, en la obra *Cuna de Esmeraldo*, empleamos esta expresión, que podría ser la más adecuada para nuestro continente.

el ahorro, ni la *sagesse* en general, sino los impuestos.

Solamente un rastacuero, un inexperto o un político podría querer que Santiago se pareciera a Nueva York y que nuestra sociedad tomara de modelo a Hollywood. El progreso norteamericano ha estado a punto de caer en el satanismo o en el más sangriento ridículo. Razón tiene el humorista Bernard Shaw cuando dice que el tipo representativo de ese progreso es Al Capone. Durante el proceso de Hauptmann, raptor y asesino de baby Lind, escribí en el diario algunas impresiones. Desde luego, ¡he ahí un crimen imposible en España! Creo que en Alemania ese alemán no hubiera ensuciado su alma con un acto así. ¿Por qué lo hizo en los Estados Unidos? ¡Ah! Por el *struggle for life* y el ansia de dólares por sobre todas las cosas de la tierra. Esas máximas utilitarias de los anglosajones, que tanto nos agradan, también tienen sus inconvenientes.

Gran progreso de fachada y destrucción de la sociedad. Un aspecto curioso de la actualidad yanqui es la ausencia de criados. Porque en esta vida somos agradecidos también a los pequeños detalles familiares: un buen pan, una cama bien mullida, un puchero humeante, una sirvienta risueña y simpática nos obseden el recuerdo. En España el

cuidado de la ropa de los huéspedes es gratuito y las sirvientas de hosterías y casas de vecindad la van cantando. En Estados Unidos el lavado es un problema. Para el pobre no existen lavanderías. Algunos magnates o diplomáticos norteamericanos que han residido en Chile regresan a su patria llevando criadas chilenas a las que se aficionan bastante. Un ex embajador tiene dos, en Washington, y manifiesta una sincera admiración hacia nuestra tierra.

Nosotros podemos gloriarnos de tener cocina propia, de tradición española: el puchero, en primer lugar. Los norteamericanos carecen de ella, o está sumergida por las cocinas de la emigración. No solamente hay grandeza y fuerza en un rascacielos o en un tren colgante. Leyendo una obra sobre la alimentación española por J. Dantín Cereceda, comprendí la grandeza conmovedora de esa calle de Los Hornos, en el pueblo de Meco, donde se amasa el mejor y más famoso pan de Castilla la Nueva. En la misma obra conocí el bastimento que los oficiales de la Casa de Contratación de Indias en Sevilla acopiaron y estibaron para el viaje de dos años de las naos de Magallanes. Esa lista de alimentos de origen milenario, los mismos de hoy, revelan la cultura interna del pueblo que hizo de padre, de Adán, en América. En

la manera de mullir una cama o de amasar el pan puede haber más promesa de cultura y humanidad que en las fábricas de Ford.

Puesto en antecedentes el lector de que co-nocemos el pro y el contra de las cosas, vamos a fustigar nuevamente poniendo nuestros sentidos en una llaga social, hija fatalmente de nuestro origen, y cuya curación estará a cargo del tiempo, cuando los elementos hispanos de fondo se hayan fusionado y la sociedad sea regida por la parte superior en talento y fuerza. La crueldad es hija de la envidia; esta envidia es prenatal en el caso de la Quintrala, que era rubia, rica, descendiente de india y de españoles blancos. Hagamos un esfuerzo de imaginación para trasladarnos al tiempo y pensemos con qué furia la indiada desearía a la Quintrala: las madres para sus hijos; las mujeres para aniquilarla; los jóvenes para gozarla. Al fin: todos, para criticarla, amarla o escarnecerla. Este fenómeno, anterior a ella misma y sentido en forma todavía más ardua por su propia madre, la hizo sádica. El primitivo pueblo americano y los mestizos viven ocularmente. En las mestizas de españoles e indias, más parecidas a sus padres, podían admirar los contornos, lo corporal, la parte zoológica o animal, así como ahora admiran a un Potrerillos Salinas o a una Lizana, por encima de

todo otro orden de héroes no zoológicamente comprensibles. La Quintrala y otras mestizas desataron la envidia por su gracia de potranquitas cordobesas alazanas y todas las promesas de subir en la escala animal. No es nuestro tema la Quintrala; alguna vez le dedicaremos toda la atención; estos "cuajarones de sangre chilena", que dijo Gabriela, permanecen impregnados de charla, de urgencia. Trasladémonos mentalmente al siglo XVI y evoquemos la divina y sideral coyunda o contubernio que dio la vida a nuestra sociedad. El planeta recibió la semilla de la vida mediante los bombardeos del sol y de las estrellas por medio de gérmenes que no conocemos. Aun nuestras ideas son bombardeadas desde el infinito y simplemente asimiladas por estas antenas que somos. El indio americano era aparte del europeo; germinó, cuando la tierra estuvo apta para encajar la semilla de estrellas; fue fruto de otras partes siderales. Era diferente. Los hispanos llegaron a estos paisajes andinos como acaso más tarde podrán llegar exploradores a la Luna. Las indias, de procedencia estelar diversa, recibían a esos esposos pálidos, forrados de ferralla toledana, caballeros en finas sangres jerezanas, y quedaban hebetadas. Nueve meses más tarde sus oblicuas sonrisas reflejadas al lavarse en el Mapocho, o el Bío

Bío, ese "Rin de los bárbaros chilenos", revelaría la anunciación mística de un pueblo en el acto de abrirse los ojos azulinos de sus hijos, a quienes cuidaban celosamente, transidas de orgullo, como si el mismo Tralca las hubiera premiado en la fecundación por el superhombre centauro, portador, desde España, de una fe nueva y de una forma de vida: la propiedad por el mayor esfuerzo y mérito. *Eva India* y *Adán Español* en el *Edén* mayor del planeta. De ahí somos y de ahí emana nuestro reverso fatal: la envidia, que hemos de combatir, por el continentalismo imperialista, según ya veremos. En adelante denominaré a la crueldad el *quintralismo*, con el nombre de esa madre sádica de la sociedad chilena, en cuyo seno convergieron la superioridad racial y la envidia hacia ella. Producto de todo: la crueldad.

Existe la costumbre mortífera de deprimir. Se diría que la gente pretende agrandarse por el hecho de empequeñecer a los vecinos, cuando ya hemos probado que vivimos del ambiente colectivo y que al fin los triunfos personales son símbolos de la clase, de la raza y de la tierra donde se producen. En esta costumbre intervienen la envidia y la pobreza. Un viejo aforismo dice que solamente los ricos pueden ser generosos. En estas ciudades pequeñas y empobrecidas no caben los

caracteres generosos en el espíritu. El triunfo de alguien quita un lugar a otro. La gente se arrebata las ideas, las situaciones, los negocios. En literatura, no respetan la precedencia o prioridad de la idea, base del éxito de un autor. Piratas hay que se apropian las iniciativas sin darse el trabajo de citar a los vanguardistas. Nadie reconoce el mérito de los que se especializan y trabajan a conciencia en su oficio: todos creen hacer mejor lo que hace otro.

Lo grande, lo noble, lo superior, atrae la furia del público, la furia destructora. Pongamos en el punto de una charla cualquier cosa respetable o grande propia de nuestra tierra y notaremos cómo, con placer satánico, el público pugna por destruirla con la maledicencia. Hablemos del acorazado *Almirante Latorre* y en el acto saltará alguno exclamando que sería mejor hundirlo, echarlo a pique; hablemos de cualquiera persona de alto rango en el Gobierno, en las universidades, escuelas, industrias o en el arte, y notaremos las miradas sanguinarias y las palabras envenenadas. Se diría que nos agrada sentirnos en medio de ruinas, entre escombros y cadáveres. Dicen que los indios de México bebían sangre humana y se complacían edificando montañas de cadáveres para sus dioses. Algo de esto queda en nuestra América, algo que

está en el aire y que se transmite imperceptiblemente a las nuevas razas que poblaron y siguen llegando de fuera a poblar el continente.

Aquí anotaremos la paradoja: nuestro deseo de aniquilar proviene del amor de la india por los cabellos rubios del español. En nuestra América no ocurre como en la India, en Persia, en Etiopía. Las mujeres morenas no manifiestan orgullo de ser morenas: se afeitan la frente y se tiñen los cabellos como en pocas partes de la tierra. En los *Cuentos de todos colores* (1911) resumo el gusto de la mujer popular en nueve palabras: "Tenía los ojos verdes y un diente de oro..."

El amor conserva un tinte obscuro de saqueo, de rapto, de violencia. Un observador notará que en pocos países ocurren tantos estupros como en Chile y México. Lean las listas de tribunales. A la mujer no la viola uno, sino cinco, o veinte. Se trata de humillarla, de aniquilarla; de ensuciarla para siempre. En Valparaíso la llevan a los cerros –el "capote" o "cazuela"–, donde las dejan desnudas, para que la gente lo sepa. Hace poco violaron a una novia que paseaba en compañía del prometido. Uno de los forajidos era conocido por *El Sanguinario*.

El país sufre en su reputación a causa de la crueldad general. Jenaro Prieto, nuestro célebre

humorista, lo llama *Tontilandia* y a nosotros *tontilandeses*. Santiago Labarca contaba en *La Nación* que un francés le decía: *Vous êtes des fous et pas intéressants*. En *La Opinión* una escritora titulaba su trabajo: *Futuro país de cretinos*. Confieso que algunas veces pasé los límites de la crítica en mis artículos.

Un caballero extranjero, en Santiago, asistió a una conferencia donde se daba cita gente culta y al parecer decente. No es extraño que le asombrara oír decir a un orador sagrado que el noventa por ciento de los chilenos nacen ladrones.

¿Quién era el orador? Don Oscar Larson, sacerdote de mucho nombre.

Después de escuchar tamaña afirmación, el oyente extranjero esperó un movimiento de protesta, una rechifla del auditorio. Su admiración subió de punto cuando escuchó la más nutrida y general salva de aplausos. En Francia hubieran linchado al orador; en Chile es un héroe.

¡Cuántas veces, en docenas de artículos, escribí que en nuestra tierra empiezan a apoyar a los valores después de muertos! Pues bien: ahora llega a mis manos la revista *Repertorio Americano*. En el número 9 del tomo 24 aparece un artículo del reciente candidato a la Presidencia de la República peruana, señor Haya de la Torre, en

que comenta las apreciaciones que nuestras repúblicas merecieron a eminentes pensadores extranjeros. Todos ellos concuerdan para damos una calidad de crueles y agresivos. Dice que visitó en Berlín a un profesor de universidad y bibliotecario. Le dijo: "No conozco pueblos más inclinados a la crueldad que los latinoamericanos. Las diferencias nacionales, la incomprensión entre ustedes en nombre de su separación de fronteras, es una invención infantil, resultado en gran parte de su crueldad". Más adelante agregaba: "Cuando vi despedazar a un Presidente en Haití, pensé que esa crueldad era típicamente negra. Más tarde aprendí que los latinoamericanos se despedazan cuando pueden con las manos y siempre con la lengua".

Según ese profesor alemán, no han faltado en nuestra América grandes hombres, "que en Europa habrían alcanzado posición importante, pero a los que hemos debilitado por envidia, por incomprensión y crueldad".

Cansa repetir que el chileno se ha transformado en el Yago de Shakespeare. No admite un síntoma de prosperidad en el vecino. . . ¿De qué depende este fenómeno? ¿Qué base científica tiene esta crueldad, esta agresividad o guerrilla constante? Nuestra América está formada por sucesivas ca-

pas superpuestas de indios y europeos, y luego, por cruzamiento de mestizos y europeos, o sea de gente de color y de gente blanca. La inferioridad del mestizo o del indio para competir con el europeo hace que se vea obligado a recurrir a las malas artes, a la delación, al vacío, a la calumnia, a la incomprensión simulada, a la negación de la verdad respecto al éxito ajeno. El mestizo, en mayoría, se une tácitamente contra el que tiene mayor cantidad de sangre europea, y le hace lo que en Chile se llama popularmente: "la neumática". O sea: el vacío mañoso, la negación porfiada. Para destruir al individuo de mérito en estas sociedades, en estas ciudades pequeñas, basta un apodo, una frase despectiva que, por falta de imaginación en el público, circula de un extremo a otro, lo mismo que un microbio dañino en la sangre. El mestizo conoce esta clase de tretas mejor que el neoeuropeo, y las usa maravillosamente. Es su fuerza y suple a la inteligencia.

El fondo de todo es la pasión amorosa, la lucha de clases y el deseo del mestizo de surgir "adelantando". Entre las negras de Cuba, la palabra "adelantar" es sinónima de "blanquear". Una casta inferior, de pigmento obscuro, frente a una superior, más blanca, se irrita. Francisco García Calderón escribió hace algunos años: "El iberoame-

ricano es un español del siglo heroico irritado por el mestizaje y el clima". Esta irritación proviene, en su mayor parte, de envidia, del sentimiento de inferioridad que se exhala en forma patética en los torneos amorosos. La mujer iberoamericana prefiere siempre, hasta en nuestros días, al extranjero. Los malones y saqueos de la Colonia tuvieron un fondo pasional. Terminaban invariablemente con el rapto de las mujeres blancas. La magia negra, que en algunos países, como Cuba y Brasil, alcanzó tanto auge, está basada en los filtros amorosos para "amarrar" a los blancos, o, cuando menos, ablandarles el corazón. De Perú han pasado a las bajas capas de la sociedad chilena algunas supersticiones populares, como ser la de "fumar" al ser amado, o la de "amarrar el mono". Ambas costumbres son africanas. La zamacueca, que en nuestra tierra se modificó y es la cueca chilena, tiene el acre sabor de parodia sexual y sanguinaria, donde el amor se confunde con la violencia y la crueldad. Los gritos y el tamboreo suelen degenerar hasta la ferocidad.

Es la parodia del rapto de la mujer blanca por el criollo, o la violación de la plebeya morena por el europeo.

Creer que las naciones iberoamericanas se han diferenciado mucho unas de otras, es error. Para

un europeo, como el profesor de que escribe Haya de la Torre, son muy parecidas. Tomando como base la cueca, diremos que el mismo baile, descontando ligeras variantes, es popular en Venezuela, donde se llama "tambor", en Panamá, en Colombia, en Perú, Bolivia y las regiones andinas de la República Argentina.

La crueldad es un distintivo general en sus diversas manifestaciones. Keyserling lo notó en seguida. Le Bon aseguró que los países de mestizos son ingobernables. Bolívar expresó poco más o menos algo parecido cuando lamentaba la inutilidad de su esfuerzo. Pío Baroja asegura que "el criollo pudre rápidamente el medio que crea". Ortega y Gasset escribió: "Esas mentes tan imprecisas y tan poco generosas". Se entiende la generosidad del espíritu. El sabio Darwin anotó de manera humorística nuestra tendencia a la igualdad, esto es a la igualdad estéril, cuando vio la manta escocesa que regaló a un fueguino dividida en pedacitos para que cada cual tuviera su parte. Se trata de la "igualdad de los cementerios". Igualdad negativa, de muerte.

A mí me pasa algo muy curioso: cuando leo en un diario la palabra "homenaje", pienso: "¿En qué cementerio será?" Y, generalmente, no me equivoco. El profesor alemán de Haya de la Torre

dijo: "Mientras viven, la crueldad los destroza; y cuando mueren, la superstición los respeta". Si ese profesor nos conociera más a fondo, hubiera escrito que los banquetes son *contra alguien* que no asiste. Se festeja generalmente a seres inofensivos, para molestar a rivales de mérito.

Un iberoamericano emplea el ochenta por ciento de sus energías en defenderse y contraatacar; de ahí la cantidad de enfermos del hígado, de enclenques, cardíacos y averiados de toda índole. Recuerdo que cuando vivía en París me llamaba la atención la cantidad de enfermos que llegaban de Sudamérica. Poco después de desembarcar, preguntaba por los médicos y sanatorios. Unos padecían tics nerviosos; otros lloraban solos. A veces el Consulado de Chile hacía el efecto de un manicomio. La neurastenia sudamericana es superior al *spleen* inglés y al *cafard* de las trincheras.

¿Y qué decir de nuestras bromas y sobrenombres? Son incisivos. Asegura Haya de la Torre que su amigo alemán calificaba nuestro chiste de "crueldad cínica y cobarde". A los extranjeros que visitan estas repúblicas les llama la atención la ligereza con que la gente se expresa de las personas en boga. Ningún valor resiste. Después de hablar un momento de la patria, del Gobierno, del arte, se experimenta una sensación de angustia y miedo

Sigue el doctor alemán diciendo que los intelectuales hasta ahora no podrán cumplir labor seria alguna, por cuanto "están envenenados de crueldad". El artista despierta tal cúmulo de resistencias, que enferma, muere o se mata. José Asunción Silva era el hazmerreír de Bogotá: le llamaban "la casta Susana". Güiraldes terminó su obra maestra y murió; José Eustasio Rivera, lo mismo; el patriarca Rodó murió olvidado en tierra extraña. Por muy digno y fuerte que sea un hombre superior, refleja la crueldad que usan con él y se transforma en cruel o amargado.

Las tierras que matan a sus profetas o poetas son tierras suicidas. Si nuestra América, en un esfuerzo colectivo, no consigue refrenar sus pasiones y reconocer jerarquías con nobleza y disciplina, retornará a la barbarie.

Milicia republicana, nacismo y aprismo

Las revoluciones chilenas, todas ellas abortadas, engendraron, a causa de su fracaso, dos partidos o fuerzas, además del régimen constitucional cuya vida se mantiene en razón directa de las medidas no constitucionales que adopta, no para gobernar de manera que responda a los anhelos profundos de reforma, sino para mantenerse. No haremos politiquería atacando esto o aquello, sino que analizaremos brevemente la realidad, esto es los dos partidos nuevos: la milicia y el nacismo, frutos de un mismo árbol: las esperanzas juveniles y el temor a la osadía de los caudillos y caudillejos. La milicia es un cuerpo de civiles armados, la mayoría jóvenes de la clase alta, subvencionados por capitalistas y por el Gobierno sedicente constitucional, con el objeto de "impedir revueltas del Ejército o "tomas" de La Moneda". Este

movimiento es acéfalo, carece de etiquetas pres-
rescas o llamativas y se define simplemente en el
deseo de evitar revueltas vergonzosas como la de
Talcahuano o tan peligrosas como la de Dan
En el fondo la milicia es intachable por lo que
respecta a su origen y a sus móviles. La impopula-
dad reside en su composición, de personas pudien-
tes en sus dos terceras partes, lo cual, en tiempos
de populachería, parece un defecto imperdonable.
No quiero de ninguna manera pensar como los
lectores de panfletos y buscar adeptos, usando
las ideas democráticas más limitadas. La mili-
cia conserva un carácter servicial, festivo y depor-
tivo, propio de lo mejor de nuestra sociedad. Su
defecto consiste en otra cosa.

Desde el momento que implica regreso a 1924,
el año del asco a la política por haberse revelado
de cuerpo entero, el simple deseo de resguardar
ese estado de cosas sume al país en el ridículo.
Los milicianos no discuten ni inventan programas
nuevos; son un curioso ejemplo de buenas inten-
ciones, de falta de brillo y de vitalidad inerte. El
fervor de los primeros días de su creación se apagó
junto con ese no sé qué de viril, de deportivo
y de juvenil que caracterizó a su fundamento.

Los nacistas, pese a sus ideales, a sus buenas
intenciones y entusiasmo, contienen el fundamen-

tal pecado de su trasplante, inadaptable en nuestra tierra. Su carácter de imitación deshace básicamente el ideal de chilenidad, que, en Alemania, es nacionalista. El serlo allá destruye por lógica la posibilidad de serlo aquí. Además, creemos difícil, por experiencia de la psicología de las masas, que un régimen en la etapa de éxito, o triunfo, en otra tierra, pueda arraigar aquí, ausente de las etapas invariables y necesarias a que los verdaderos caudillos llevan a su partido.

Sería tan absurdo implantar en América el fascismo o el nacismo de golpe y en carácter de régimen, como si uno quisiera hacer pasar la harina cruda por pan, ausente de la mezcla, fermentación y cocción final. Falta el sacrificio del héroe, la lucha y ese algo inevitable de mistificaciones teatrales que tanto Mussolini como Hitler franquearon en ascenso y éxito hasta la final victoria. Goering es fascista, o lo era: aprendió el arte de preparar política totalitaria en Roma, bajo Mussolini, pero no lo dirá en público. El mayor talento de Hitler, caudillo, consiste en haber evitado llamarse imitador del Duce. La primera etapa de los caudillos consiste en prometer. hasta aquello que por antemano saben que no serán capaces de dar. Es precisamente la parte de histrionismo y astucia la que les sirve de trampo-

lín y la *que no podrán usar los imitadores*, los caudillos calcados, los que anhelan llegar valiéndose de la última etapa, la del triunfo, sin experimentar las vicisitudes antedichas. De todo lo cual infiero que ni fascismo, ni nacismo, ni milicia, sino dolenidad, americanidad, *ñequismo*, aprismo, en cualquier caso, antes que copia de lo otro y lo de más allá. La necesidad de un ideal, de un partido de jóvenes, es inevitable. La última carta de la juventud intelectual aliada a los trabajadores se jugó con Dávila. Había comenzado el juego en 1927, sin llegar ni al éxito ni a la plenitud anhelada, por razones que sé y me callo ahora. La carencia de un caudillo aterró nuestros planes desde 1927. Si lográramos juntar en gavilla las voluntades de milicianos, nacistas, trabajadores intelectuales y manuales bajo una cabeza tan bien organizada como lo es la de Haya de la Torre en Perú, entonces podríamos creer en la salvación. El que escribió *Nacionalismo continental*, en 1926, no podría mirar sin simpatías y calor de proselitismo a la mayor figura anímica, a la mayor cantidad de caudillo iberoamericano continentalista: Haya de la Torre. El Apra avanza, pese a sus pasajeros contratiempos, no en bandera peruana sino del continente nuestro. Si fueran apristas en Bolivia y el Paraguay, la guerra, la estéril sangría

del Chaco, sería imposible. ¿Por qué? Porque hubiera sido imposible el señor Salamanca. Si el Apra residiera en Santiago y en Buenos Aires, no abría figurones a lo Talleyrand criollo ni allá ni aquí, y el ganado argentino pasaría con tanta facilidad hacia acá como los porotos y los vinos hacia allá. ¡Con cuánta facilidad nos ponemos de acuerdo alrededor de una mesa (sin banquete) los jóvenes iberoamericanos! ¿Qué conspiración sombría se trama contra nosotros? La de los intereses. Por eso la salud de América reside en nosotros los que, providencialmente, carecemos de intereses momentáneos. La previsión y la moral son el fruto de nuestra inopia. En 1925 fracasó el movimiento pacifista peruano-chileno a causa de iniciarse dirigido por intereses. Lo resolvieron Ibáñez y sus jóvenes por carecer de intereses, y por obedecer a los pichones de aprismo: Gabriela Mistral, Paulino Alfonso, Vicuña Fuentes, Haya de la Torre, etcétera. No admito politiquería en mis líneas: Ibáñez, en esa ocasión, escuchaba a los nombrados.

El Apra. ¡Hermosa palabra, ya regada con sangre! Significa *Alianza Popular Revolucionaria Americana*. Son martillazos escritos. Su lema:

1. Acción contra el imperialismo yanqui;
2. Por la unidad política de América Ibérica;

3. Por la nacionalización de tierras e industrias;
4. Por la internacionalización del Canal de Panamá, y
5. Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos.

Los que no están en la mesa del festín, los que ni especulan ni reciben coimas, ni están marcados en el *pay roll* de Wall Street, pueden suscribir un programa así. Esas palabras como martillazos derribarán las murallas aduaneras: *Alianza Popular Revolucionaria Americana*. Sacaremos de las profundas entrañas de la sociedad fuerzas que aún no fueron usadas y que actúan de reserva. Si el país resurge siempre, empero sus caídas y a pesar de los sucios movimientos de alternativa contra el presupuesto, se debe ello, no a tal o cual político, ni a las argucias de tal o cual hacendista, sino al Dios Criollo, a la tierra y a esa gente sin uso que constituirá el aprismo futuro. Esa gente duerme ahora; despertará y ansiará ser usada y servir. Ahora trabaja en silencio; mañana será usada en política. Entonces, sólo entonces, comenzará la función social de los escritores, de los verdaderos escritores, los insobornables. Unión de trabajadores manuales e intelectuales. Eso es

Escritores, césares y caudillos

Pronto hará, en septiembre, un cuarto de siglo que comencé a escribir. En estos años me he penetrado de una verdad sustentada en el convencimiento de la experiencia: si *El inútil*, mi primera obra, hubiera sido un fracaso de esos que hacen caer la pluma de las manos, yo sería posiblemente una "personalidad". Entendámonos: sería de aquellas personalidades algo hueras, si se quiere, pero que viven, que disfrutan de las regalías de la sociedad y que, en fin, desempeñan funciones activas o cargos de esos que gozan la exclusividad en América para provocar el respeto y la admiración públicos. Desde el momento en que me estimularon como escritor, comenzaron a quemárseme en las hornillas de la vanidad literaria las alas que me hubieran permitido ser dinámico. Lo más curioso es que ese primer ensayo fue el trasunto

de una vida dinámica, exuberante y, sin embargo, la posibilidad de ser célebre en las letras me hizo, en primer lugar, que mirara como tareas subalternas los oficios, las carreras liberales, etcétera. Diez años más tarde experimenté la tendencia de la mayoría de los escritores de tipo español a sentarme en la silla de los empollones donde uno se hace sedentario y algo soberbio. Hubiera rodado sin remedio a la ridiculez de encerrarme en una torre de adobes, imitación marfil, si no fuera por un sedimento humorístico salvador. Actualmente detesto la idea de volverme todo espíritu, o sombra de mí mismo; creo, con Giordano Bruno, que cuerpo y espíritu son la misma cosa y quisiera hacer el maridaje de ambas fuerzas respetando, en primer lugar, la materia, de la cual el alma es el fluido. Por este mismo orden de ideas aliento la certeza de que nuestro espíritu inmortal no se marcha al otro mundo (al cielo) solamente en el instante de la muerte, sino en cada segundo, en cada día. Desde luego, en el momento de morir es cuando menos cantidad de alma podemos entregar.

Esto significa que llegamos a la muerte con la conciencia menguada y un mínimum de cuerpo y de espíritu, porque alma y cuerpo ya se han ido muchas veces al cielo o a la tierra en trasmuta-

ciones constantes de formas. Aseguran los biólogos y doctores que el cuerpo se renueva entero cada siete años.

Vivir honesta y activamente es la manera de entregar mayor y mejor cantidad de espíritu al conjunto del universo, o a Dios, cuyas intenciones desconocemos, aunque muy probable es que se aproveche de esas emanaciones sin que nos demos cuenta, igual a nuestra actitud respecto a las abejas, los gusanos de seda y otros seres ignorantes de nuestras intenciones para con ellos. Tengo la audacia de suponer que en cada hombre alienta un hondo anhelo de dominar a la estrella donde nació, un deseo de aventuras fascinantes y magníficas, mediante pretextos entre los cuales los mayores son la política y el amor. Para llegar a esos fines unos emplean el histrionismo, otros el patriotismo, otros la estrategia, el arte guerrero, la santidad, la fuerza física, el arte. Naturalmente, al elevarse, llevan a la patria bajo sus potentes alas. Sin embargo, en tiempos revueltos, en los suburbios dramáticos del mundo, los héroes son simplemente aventureros en cuyos designios el sentido de patria no consigue resplandecer, aunque sean tan bien conformados física y espiritualmente como los mayores caudillos de la humanidad. Tales héroes, sin suerte ni *entourage* adecuado, son

los bandidos de Córcega, los Fouché, los Al Capone, los Dillinger, los aventureros de nuestra América, los penetradores del Far West, etcétera.

En estas condiciones la literatura, por sí sola, cuando se convierte en manía, sin encarnar esperanzas de acción y deseo de poder, es un medio apocado y cobarde. Cuando no prepara acción directa ni es trasunto de vida, se ofrece como el sacrificio morboso de sus oficiantes.

El cínico estado del mundo actual, patente en nuestro Chile como en pocas partes, ha desarrollado el canibalismo humano, el gangsterismo. Spengler señala al hombre de presa, de la misma manera como Spencer aseguraba que en los banquetes se siente el olor de las carnicerías o matanzas primitivas. Maurras ve en todo hombre un fondo de antropófago. Cuando un hombre de presa, actual, tiene buena estrella, se convierte en un Lenin, en un Mussolini o en un Hitler. Los tres participaron en sus comienzos de cualidades parecidas y no están ajenos al gangsterismo. La suerte, su genio, si queremos llamarlo así, les hizo héroes y en parte salvadores de sus patrias. Spengler asegura que Lenin fue el modelo de Mussolini. En efecto, al pasar por la etapa de *candidatos*, estos héroes se parecen como gotas de agua. Para ser candidatos en los tiempos de vulgaridad universal

y de selección a la inversa, es preciso sufrir la etapa de halagar a las masas. Se puede llegar al fracaso y la ruina si este camino no es abandonado a tiempo. Hitler, discípulo de Mussolini, comprendió que no podría llamarse *fascista* en el momento de la aspiración al poder, so peligro catastrófico de hacerse antipático a los obreros. El trampolín es siempre la demagogia, la mentira, la promesa. De ahí el fracaso de los partidos imitadores de partidos europeos triunfantes, como ser, los nacistas chilenos. El cambio esencial que afecta a los partidos políticos, cuando franquean el paso de las proclamas y programas a los hechos, es demasiado violento y desconcertante para que otro país pueda implantar la tesis de ese partido sin experimentar su gestación, o época de penetración en la masa. Considerando cuán profundamente ha penetrado en el mundo la idea de la vulgaridad, que hemos llamado el cultivo de la grosería y de los andrajos, no hay caudillo, por virtuoso que sea, capaz de la valentía de desdeñar los histriónicos adulos a la chusma. Por eso dijimos en 1930 que para ser caudillo se necesitan ciertas cualidades de falsedad y de tontería. El amo de Alemania no es Keyserling, sino Hitler; el de Inglaterra no es Wells, sino MacDonald; el de Francia no es Daudet, ni es Maurras, sino cualquier radical. Es

lástima que el nacismo chileno, parecido al Aprista en su concepción de un nuevo Estado, no se dicra cuenta de esto, enajenándose así el período embrionario de la niñez como partido. Para ser caudillo, además de las dotes de histrión, de carácter, de oratoria, etc., hace falta poseer aquella virtud natal misteriosa que los españoles llaman muy bien "ángel". Sin ese fluido (el ángel), consistente en dosis de simpatía ingénita, no podrá haber prosélitos, ni esa pandilla de iluminados e histéricos, inevitables en los movimientos de fe. Haya de la Torre, el escritor que escalara el poder en Perú, y cuyo nombre tiene ya rúbricas de sangre, integra el talento de no imitar a ningún partido. Su trampolín social es el trágico indigenismo, o la peruanización del Perú; ideas que prometen arrasar la mafia de explotadores. El indigenismo, tal como lo ha planteado, podría ser su dosis de vulgaridad susceptible de enmiendas en la hora triunfal. Por cuanto no se trata de ser más indígenas, sino de hispanizar a los indios en el sentido clásico y humano. Un programa de escueto indigenismo sería peligroso, si no reconociéramos en Haya de la Torre el perfil aguileño y la mandíbula del conductor de hombres. En las últimas manifestaciones públicas de aprismo, las masas peruanas, meduscadas por su héroe, henchidas de fe, levan-

taban el brazo *izquierdo, arqueándolo en forma de hoz*, ungidas bajo la oleada de semillas (amauta), antes de prorrumpir en aclamaciones torrenciales. Espero que llegaremos también nosotros a experimentar esos éxtasis colectivos.

Pero volvamos a nuestro tema: el papel del escritor, a su función social, a su derecho a la vida.

La palabra gangster es de América del Norte; en Chile decimos "macuco"; en Argentina, "viveza". El macuco es un gangster blanco, exangüe. Sin alguna dosis de macuquería, es difícil, si no imposible, triunfar en el estado actual de nuestra tierra. Por eso, el escritor verdadero, el literato vidente, esparcidor de ideas desinteresado, digno, se condena, a causa de sus propias virtudes, al anonimato, a la minoría intrascendente, a la obscuridad. Ni siquiera vive, en la acepción moderna de la palabra vivir. Sus ideas útiles serán piratcadas por los macucos y aun aquellas situaciones que de hecho, por su experiencia o talento, le correspondan, le serán usurpadas. ¡Ah, pero la gloria, la posteridad!, me dirán algunos. Yo no sé qué gloria pueda haber en saldar una vida de ratones para conseguir el premio póstumo de un artículo necrológico en cualquiera revista literaria: caso de Contreras y de Leonardo Pena. El hecho de permane-

cer ajenos a las situaciones y funciones con poder, mediante los medios indispensables, es signo de anemia y falta de talento. Peor es entregar el mando a los gangsters efectivos, es decir, a los macacos por temperamento permanentes y que no usan la macuquería en forma de treta para lograr poder social en cualquiera de sus formas valiéndose de planes saludables.

La mujer posee una perspicacia excepcional para juzgar a los hombres. Hace algún tiempo, me quejaba, conversando con una dama de gran lenaje y despierta inteligencia, respecto a mi fracaso personal. Considero fracaso al hecho de estar doblando el cabo de la vida, de haberme codeado con toda clase de arribistas y de piratas de vara descripción, sin que conozca lo que es una casita propia ni el manejo de un auto.

La dama me consideró unos instantes, y después me largó esta frase lapidaria:

—Es que te ha faltado *pana*[1].

En efecto, dentro del cerebro de una mujer —y América es mujer—, no hay mérito alguno en llevar vida de ratón, aunque seamos santos. Muchas veces, personalmente, a solas, me he creído algo heroico, insobornable, inadaptado, dentro de las pequeñeces del presente, pero en el fondo creo

[1] Riñones, dirían en estilo flamenco español.

que se trata de un error o ilusión, sin otra base que la vanidad y la sobreestimación del género humano, lo cual es optimismo exagerado.

Las mujeres, amantes de la vida y no de la posteridad, amantes de la fuerza zoológica visible y no de las virtudes esotéricas, me producen, siempre que las oigo discurrir, el deseo de irrumpir, promovido por los arrestos de fiera que pudieran quedarme de las épocas prehistóricas. La madre ama siempre al hijo pródigo, al más tenorio, al más contradictorio y dramático. La presunción simple de fallecer en París, pobre, olvidado, como Contreras o Pena, me pone escalofríos. Es preferible ser alcalde de Renca, macuco de pueblo, antes que artista puro y honrado, cuyas cartas un diputado no respondería siquiera.

En nuestra América —mujer ya no muy virgen— es preciso ser algo macucos, y, al fin, no se crea que la macuquería es condenable en rigor. La acepto en calidad de valor nacional bajo ciertas condiciones. Desde luego, es un acicate útil para lanzarnos en la brecha. ¡Sí, jóvenes escritores: vayan a la brecha por todos los medios! Sobre todo, que no nos tilden de debilidad. Aprovechemos la virtud de la macuquería, no como es aprovechada por la mafia, sino como hombres, convencidos de que la bondad panglossiana es incompatible con

el pobre mundo. Seamos malos un minuto, para producir bondad de años enteros. En las luchas de hombres hay siempre el instinto de la fiera, del león que espera ser el amo, del gallo que va a mandar el gallinero. Hay la parte corporal, zoológica. Nadie me negará el crujido de los dientes y la crispación de los dedos de Nitti o de Giolitti cuando fueron vencidos, triturados, por la mandíbula de Mussolini. Ni me negarán el rugido agónico de Vasconcelos, el literato digno, cuando fue estrangulado por Calles, el *pelao* macuco. El idealismo sin garras no lleva ni siquiera al ideal, y más vale conocer la brutalidad humana y aprovecharla, antes que inmolarse en el Styx del suicidio, como Ganivet. El pensador granadino adquirió tarde el convencimiento de que los fines principales del hombre son la *generación y la conservación*. "Buen yantar y fembra placentera", dijo el arcipreste de Hita. ¿Y qué? Pues vamos a buscar el buen yantar y la fembra agradable, echando toda la carne en el asador. La torre de marfil, que aquí es de adobes, pasó de moda. El arte por el arte es entretenimiento de feminoides.

Thomas Mann, premio Nobel, conoció perfectamente la distancia que va de las creaciones subjetivas a la vida de acción, cuando escribió "No ser más un artista, sino un hombre!" Así es

cribió el autor de *La montaña mágica*, queriendo expresar que los novelistas, inventores de vida y vaticinadores, por el hecho de soñar la acción marchitan su tesoro fisiológico, su economía de animalidad, permaneciendo al margen del progreso real e inmediato. Por el hecho de imaginar vida pierden su lugar en la vida misma.

La sociedad, siempre cruel, posee finísimas antenas para percibir la inutilidad personal de esa clase de artistas y les reserva en el mejor de los casos una admiración platónica. Amortaja a sus cuerpos en vida, sin dejar de celebrar sus obras. Podemos recordar el caso de Marcel Proust, escritor solitario, cuya mayor parte de su existencia ocupó en labrarse un asombroso catafalco de literatura, que actualmente es el caviar y el opio de los aficionados a hacer la *tournée de grands ducs* en la urbe de los libros. Los quejidos de la muerte de un Proust son el entretenimiento de expertos en el morbo del arte escrito. Acaso él no fue capaz de otra cosa que de soñar. Con la tercera parte de ese talento echado por la borda al tiburón del público, se podría brillar y ser amo de los explotadores del presente, que se adornan con el sacrificio de los artistas del pasado.

Es claro que en Europa o en los Estados Unidos el cultor del arte por el arte puede aspi-

rar por lo menos a la comprensión y al triunfo práctico. Un Paul Morand[1] se enriquece, goza de respeto, y en aquellas escalas de valores indiscutidas, nadie le confundirá. En nuestra América el artista no encontrará la sombra de eso; luego, el escritor de garra, el que pretenda poseer una parte en el festín, tendrá que buscarse otros medios. Los escritores astutos se dan cuenta del fenómeno y cambian a tiempo la ruta.

Es posible que haya escritores iberoamericanos animados de puro espíritu de sacrificio, ilusionados hasta el punto de creerse capaces de igualar a un Proust, un Lawrence, un Huxley. Creo que están equivocados y que en ese campo no pasarán los linderos de la imitación, tan empequeñecedora y estéril. Nuestro continente reclama otra clase de obras de los que sienten la inclinación literaria. Los grandes escritores chilenos son Ercilla en la Conquista y Pérez Rosales más adelante. Es preciso doblarnos de conquistadores, de penetradores, de *pioneers* y de estadistas. Esto sería lo original, lo que da o pide la tierra. Los cientistas europeos aseguran que el criollo, colonial, es incapaz de crear. Muy cierto desde su punto de vista. Esto es: somos incapaces de crear a lo Proust.

[1] El Ministro Barthou, asesinado en Marsella junto con el soberano de Sudeslavia, llevaba de regalo para éste un tomo primorosamente empastado de *Rien que la Terre*.

a lo Spengler, a lo Keyserling; en primer lugar, "por la irritación del mestizaje", o crueldad. Si imitamos las piezas de arte producidas en ambientes de justicia y serenidad, dotados de valorados expertos, nadie nos llamará creadores. Para poder imponernos es necesario bucear las fuerzas de lo hondo de nuestro suelo y servir de edificadores, mandando y adquiriendo en forma noble el poder político que ahora es propiedad exclusiva de aduladores, figurones o ganadores de elecciones. Cuando nos hayamos dado cuenta de esto, haremos un servicio a América y seremos capaces de levantar la defensa o basamento de ella para liberarla del asalto con que nos amenaza la revolución universal, llamada crisis por los necios. En cuanto a mí, voy a declarar el santo horror que experimento a la sola presunción de llegar a ser un *literato*, un imitador de las *pourritures exquises* de la vieja Europa. Los críticos de mi obra de combate no se imaginarán el miedo que me embarga al pensar en la posibilidad de devenir un hombre de nervios corrompidos, sensuales, por el afán de parecerme a cualquier superartista del mundo que se cae en pedazos. ¿Ser artista? ¡Horror! Me refiero a ser solamente artista escritor, sin mando ni parte en el progreso, consciente del derrumbe de mi carne, de la

marchitez de mi parte animal, de la pobreza que va junto a la dignidad, aquí en América, donde la modestia es cobardía y donde el macuco equivale al superhombre. Esta pobreza trae en seguida el colapso de la familia y de la descendencia. Ocúrreme con frecuencia el verme asaltado por las soledades o recuerdos nostálgicos de la niñez, cuando gocé de plena vitalidad, y aunque entonces trataba de escribir en periódicos juveniles, mis dedos exuberantes se agarrotaban sobre el papel, incapaces de hacer los tejidos del grafómano. Vienen a mi mente cuadros de cabalgatas, de chaya, de vacaciones, de pedreas en los cerros de mi puerto, de pololeos y, en medio de todo, del juego a los soldaditos de plomo. Tuve algunos cientos, entreverados de curcñas y de palizadas. Con ese ejército de cajas de cartón declaré la guerra al niño Víctor Grossi, actual jefe de Sanidad de Aconcagua. Ese juego a los soldados me seduce todavía.

Actualmente no soy más que un escritor: una sombra.

Algunos de mis libros me fastidian. La prueba de que uno llegó a la meta ansiada está en el deseo súbito de ponerse en camino a otra meta. *Plus ultra* dice la ambición. Si fuera librero y editor, alzaría gozosa hoguera con la tercera parte de

mis escritos. Me halaga solamente la idea de mostrar a los jóvenes que fui posibilidad de hombre de acción. Nada más.

He expresado alguna vez la suposición –aquí en América posible– de que el niño, el proyecto de hombre, sin tradición de oficios, como ocurre por lo general, es materia plasmable a voluntad de las contingencias y del *entourage*. Aportamos a la vida una suma de vitalidad susceptible de modelación. En Europa, donde los antepasados aguzaron sus facultades en oficios estables, no es lo mismo; no obstante, un Balzac, educado en medio guerrero y en época revolucionaria, pudo ser un Napoleón, o viceversa. En ambos reconocemos materia para la organización y la estrategia. El genio de la guerra pudo ser genio de esa clase de literatura, y ya sabemos que la colocación de los párrafos, los conceptos, las ideas, asemójase a la colocación de los regimientos y a las cargas en los campos donde la suerte del mundo se decide en violencia. Fouché, el burócrata, ciudadano bastante más humano de lo que dicen sus críticos, era un estratega; ganó Flessinge a los ingleses, obligándoles a huir. Hijo del Terror y sucesor de Robespierre, como Napoleón, la historia le execra por sanguinario, siendo así que no mató arriba de cien personas. Napoleón costó millones de vidas. Fouché era

más francés por el amor a la familia, el ahorro y la prudencia. Se opuso abiertamente a la campaña de Rusia.

En sus mocedades, Napoleón fue romántico, lector de poetas clásicos; compuso noveloides wertherianos. Sus arengas brillan marcadamente esmaltadas de literatura. Fouché, Robespierre y otros héroes del Terror componían versos en su adolescencia. Disraeli, así como actualmente Mussolini, debutó en novelista; halagó los gustos literarios de la reina Victoria y, en esta escala romántica, a lo Romeo, se encaramó hasta decidir la apertura de Suez, ruta de la opulenta India, consiguiendo colocar la corona imperial de la inmensidad oriental sobre los bandoes rubios y los ojos capotudos de la soberana. ¡Eso vale más que una novela! Disraeli fue otro listo que se retiró a tiempo, abandonando el terreno de las iniciativas platónicas para tomar en sus manos las riendas de las realizaciones prácticas.

La política inglesa no ha conocido jamás el riesgo mortal de aliteratarse que ha matado a la revolución española y amenaza al aprismo peruano. Esto lo debe Inglaterra al *common sense*. Aliteratarse, enviciarse de literatura, es fatal para los hombres y para las empresas iniciadas en la fe que inspiran ideales redactados por intelectuales. Note

se que llamo aliterarse a un movimiento político cuando sus propulsores, o ideólogos, son incapaces de llevar el manejo a causa de su estilo soberbio, de minorías, y a una falsa dignidad que les impide comunicarse con el vulgo. Tal es en España el caso de Ortega y Gasset, Unamuno, Marañón, Pérez de Ayala, etc. Tal es, en México, el caso de Vasconcelos, suplantado por mediocres. Un movimiento que pierde la pericia del manejo, la agilidad y la comprensión de la masa está perdido. Se aliterata. La literatura profesional, como fondo y no como forma, para plasmar, es fatal. Volver espaldas a la vida activa no puede conducir a otra cosa que a la muerte. Lo justo es quedar en un término medio dentro de la sociedad. No caer en ese grado en que el artista se vuelve excéntrico, paria. En la buena sociedad británica es *shocking* hablar de Byron, de Lawrence o de Huxley. En general ni de literatura, ni de negocios se escucharán razones en los *garden-parties* o en los *week-ends*. Byron se hizo antipático, y vivió desterrado. Shakespeare, de quien tanto se envanecen, no pasó de ser mozo de coches o titiritero en vida. Inglaterra prefiere a un buen *shop-keeper* antes que a un poeta.

Cuando el escritor llega a los altos cargos políticos significa que fracasó en las letras, o que las

dejó a tiempo. Y lo curioso es que la mayoría de los directores del mundo son semiescritores. En el próximo pasado: Clemenceau, Barthou, Poincaré, Lenin. En el presente: Mussolini, Hitler, Trotsky, Azaña, Alcalá Zamora, Lloyd George. Naturalmente podríamos contar con una docena de escritores, no artistas quintaesenciados, no literatos del arte por el arte, que la actualidad respeta por su función social o utilidad urgente: caso de Blasco Ibáñez, en España; Wells y Kipling, en Inglaterra.

Mussolini siguió el consejo de Sagasta, sin conocerle: "El periodismo es un buen trampolín, a condición de dejarlo a tiempo". Hizo también una novela de crítica social anticlerical, titulada: *La hija del cardenal*. Está prohibida en Italia bajo penas severas. Desde *El Avanti* escaló *Il Popolo d'Italia* y de ahí el Poder, meta suprema de los hombres. A nosotros, a los apocados escritores chilenos, recordaría sin cansancio la frase del Duce: "Más vale vivir un día como león que cien años como cordero..." Estamos acoquinados; somos soberbios e inútiles, o mendigos y turiferarios, especiando migajas. Si se celebra un éxito literario, los diarios ensalzan... la lealtad al régimen. ¿Acaso no podemos, acaso estamos negados para hacernos temibles? Parece que el escritor naciera fuera de las

normas sociales; un escritor es objeto de curiosidad apiadada, cual si se tratara de un albino. En el Perú algunos escritores se hicieron temibles, no mediante el escándalo, ni la maldad, ni la cortesanía, sino mediante el llamado a la conciencia civil encarnado en el Apra. Hemos presenciado invariablemente el espectáculo de la política ensañada en nuestro cuerpo mediante su fuerza corrosiva; los tránsfugas o fracasados de nuestro propio oficio nos deprimen poniéndonos dogales, dándonos amos caprichosos, cortándonos los víveres en caso de intransigencia. ¿Por qué no aspirar a la función social directa, haciéndonos políticos? No somos ciegos para no haber sorprendido el secreto de la popularidad de algunos burócratas, consistente en el prestigio que despiertan en esta vida social de apariencias por su solo título, el que les otorga el derecho de proclamar como nuevas aquellas de nuestras ideas que convienen a su acomodo circunstancial.

Hasta ahora las revoluciones fracasaron y fatigaron como editoriales a causa del poco efecto que producen las palabras pronunciadas por todos los partidos, los del pro y del contra. Palabras que de tanto pronunciar ya no significan nada, como *justicia social*; *legalidad constitucional*; *apoyo al desvalido*; *solución de la crisis*; *superávit*. En rea-

lidad no son revoluciones sino apetitos a causa de los grandes núcleos sociales que han debido ceder a otros la alternativa de succionar jocundamente bajo los ubérrimos grifos del presupuesto. Revoluciones sin espíritu revolucionario, o ausentes de una estructura revolucionaria intelectual, por inhibición de los intelectuales iniciadores en el momento de prueba activa, dejando así el campo a los sedientos del poder por el poder, a los viciosos de la política que juegan al gobierno con mañas de rocambolistas, o, por último, a los comedores de presupuestos.

¿Cuál es la causa del desastre? La inhibición de los ideólogos en el momento de la acción. Para ser caudillos, o simplemente para imponer sus virtudes a las masas, los escritores verdaderos han de recordar y recoger la lección de los caudillos semiescritores, cuyo lenguaje es altisonante, dogmático; la exposición de ideas, sinóptica; las promesas, utópicas; las imágenes, vulgares a veces hasta lo chabacano. De no variar asimilando tales métodos, los Vasconcelos serán invariablemente derrotados por los Calles. Si existe en nuestra América admiración consciente por la astucia o macuquería, los no macucos por temperamento debemos conquistar el campo enemigo, introduciéndonos en él dentro del caballo fascinante para

el espíritu silvestre y femenino del público: el caballo de Troya de la macuquería. Allí dentro iremos revestidos del falso ropaje de la hombría tabernaria, del matonismo de suburbios y de la valentía de mesones. La medicina nos enseña el método de destruir a ciertos microbios inyectando microbios de la misma familia en los organismos después de haberlos deliberadamente enfermado. La macuquería ha de ser dosificada, a sabiendas de su poder patógeno. El acto de revestirse de vulgaridad momentánea se excusa si el fin buscado consiste en propinar un golpe a esa vulgaridad que nos atropella y ensucia, empujada por los demagogos, las damas caritativas, los especuladores y, en fin, los falsificadores de democracia. En el *Martín Fierro*, poema de la entraña americana, se lee una estrofa aplicable a aquellos aventureros de la virtud, de la caridad con el pueblo bajo –no de la clase media o intelectual–, por pura especulación, y que comienzan por atesorar y buscar un refugio bien seguro, generalmente en bancos extranjeros, para sus intereses:

De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,
pero hacen como los toros
para esconder sus niditos.

A un lado ponen los gilevos
y al otro pegan los gritos.

En diversas jornadas de *La Nación*, diario criollo, nos ocupamos de la oleada de vulgaridad, del cultivo del fracaso, de la hombría tabernaria, de los lobos disfrazados de pastores, empeñados en hacerse pedestales de apóstoles o de mitigadores de la miseria que ellos mismos sembraron. La formación del block económico, contra Europa y Norte América; ideas expuestas en *La Nación*, en forma concisa y en momentos en que nadie se acordaba de ello (1922-1926). En *Crónicas*, publicadas en la misma *Nación* en 1924, pueden leerse esas insinuaciones que ahora parecen ser de la propiedad del público. Ni eso conceden al escritor, simplemente porque, donde se vive de apariencias, las ideas de hombres ausentes de títulos fiscales o de relaciones sociales no adquieren importancia hasta el momento que las adopta y divulga un figurón. ¡Cuántas anécdotas podría recordar a este respecto! Carecemos de cierta solvencia o crédito comercial, empero ser honrados, que en nuestra América sólo consiguen los acaparadores de cargos de valor reflejo, los asistentes a bailes y banquetes, los que beben entre gente bien; en fin: las "personalidades". Contra esta tromba de vul-

garidad, de injusticia, de selección al revés, no hay por ahora más que adoptar la actitud de combate. Si el mundo presiente una revolución siniestra y si los hombres se disputan el poder como en la edad de las cavernas se disputaban la mujer y el trozo de carne cruda, entonces demostremos que también poseemos garras y colmillos, nosotros, los vates, los que vaticinamos.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

Quintralismo y carrerismo
Conclusiones

No somos ni más ni menos chilenos, como todos, y participamos del espíritu cruel, del quintralismo, que se manifiesta como un antiguo deseo de destruir por amor enfermo. En pocas sociedades se hacen bromas tan crueles como en las nuestras. Un Diego Portales calentando el sombrero de latón de su lacayo, para reventar de risa viendo como se desollaba la cabeza, es uno de los ejemplos típicos. Algunas veces, en cuentos o novelas, hemos deseado presentar cuadros donde estas costumbres aparecieran en forma directa, así en *Talca o la lucha de clases*, como en *La chica del Crillon*, cuya escena culminante es la broma que Pipo hace a Teresa. Los críticos apenas quisieron notar estas particularidades. No hubiera escrito esos capítulos si no encerraran un fondo de realidad propio a nuestro destino. El cultivo de

los andrajos de la plebe, lo mismo que el alarde de hombría tabernaria, se definen como el sentimiento de demagogia superficial, o prédica de falsa democracia encarnado en el público. Sin embargo, queremos practicar un esfuerzo para precisar con mayor hondura. Hubo en nosotros un afán mortífero para encontrar un culpable material de esas costumbres. El observador vulgar lo achacará a los encomenderos, a los latifundistas, a los patrones, al tiempo colonial. Muy pocos le echarán la culpa al destino, esto es, a las contingencias de nuestro nacimiento, donde todo se explica humanamente, filosóficamente. Queremos establecer diferencias trágicas y mortales entre el futre y el roto, entre la señorita y la criada, y eso es falso y criminal, por cuanto son valores o notas diversas de una misma sinfonía. El futre encarna un valor tan real como el roto, y así hemos visto que, codo con codo, llegaron hasta el Morro de Arica. En la práctica creo que solamente la demagogia podría ser fuente de decadencia. Demagogia, o sea, falta de sinceridad para con la patria. El demagogo hablará de desorden colonial, cuando debió decir: desorden de la independencia, y así se altera nuestra historia, que consta, fatalmente, de una serie de ritmos temporales desde la conquista, que no fue comercial, sino, mejor, una

mezcla de codicia viril apasionadamente sexual.

De la mano de obra indígena, respecto al europeo, fluyen cargos parecidos a los achaques amorosos; en el fondo, el pueblo admira y respeta a aquellos que vienen a unirse con él. Si despreciamos al capitalista distante, en cambio sabemos abrir los brazos al capitalista en función de mezcla y arraigo. En toda nación existe el factor geológico, determinante del progreso y de la fuerza. Así, en Alemania, antes que el maestro de escuela y su disciplina, es preciso considerar al carbón y al hierro; en Argentina, si pasa una bella criolla, distinguida y elegante, podemos deducir en el acto la parte que en su desarrollo y cultura tuvieron los cereales y la ganadería. Es falso, por eso, negar la fatalidad que nos obligó a vender minerales al extranjero. Perder las ventajas geológicas no es poco perder. El abogado intermediario explicará el asunto probando, con razones tercas, que el hecho de poseer minerales, sin capacidad para explotarlos, sería lo mismo que si esas riquezas no estuvieran en casa, sino en Abisinia. Si no faltan razones ni a los propulsores del capitalismo extranjero ausente, ni a los impugnadores, nuestro deber es explicar las causas de la impotencia, la que consiste en la ausencia de capitales. En primer lugar, a causa de la enfermedad llamada parisitis, o fuga

de los criollos ricos a París, donde muchos se instalan para siempre, cuando no en Londres. Actualmente, los mayores millonarios chilenos y bolivianos, López y Patiño, residen en París, donde se alzan sus palacios y donde sus hijos se establecen. El pueblo es pobre a causa del poder extractivo de la riqueza minera y también por la degeneración de la agricultura, la que obedece a dos motivos principales. Primero: los hacendados viven en Santiago y gastan en lujo el dinero facilitado en préstamos por sus tierras; otros lo gastaron en la Bolsa. La Caja de Colonización, tal como lleva a cabo sus labores, terminará con nuestra riqueza agrícola, por cuanto tiende a favorecer a la burocracia electoral y no al antiguo inquilino arraigado. Esto es peor que el sistema de encomiendas. Veremos pronto cómo disminuirá la potencia agrícola mediante esos procedimientos. En segundo lugar: la ausencia de un sistema de gobierno de ideas, sino, al contrario, de intereses, ha favorecido a los agricultores, casas extranjeras y especuladores, transformando poco a poco la moneda o peso, de 48 peniques, en un naipe. Hoy vale 1½ penique. Esos intereses concuerdan con el negocio de la baja. La persona que hubiera "ahorrado" doce mil peniques en la época de Ibáñez, tendría actual-

mente dos mil y fracción. De esta manera, el ahorro en dinero es contraproducente.

La pobreza señalada hace del chileno un inepto para la industria, la que permanece en manos extranjeras.

Considerando tal estado de cosas, nos explicamos el crecimiento de los impuestos destinados en mucha parte a gravar el trabajo de los pequeños comerciantes, de los pequeños capitalistas y de las industrias extranjeras. Del producto de ellos viven los empleados públicos, y gracias a ellos se han creado las Cajas de Seguros de toda clase, para permitir la vida del pueblo y ganar sus simpatías. La creencia, muy americana, de que los hombres de vastos intereses y de dotes comerciales sirven para todo, *porque ganan plata*, es culpable, en mucha parte, del colapso de la riqueza pública. Oliveira Salazar, en Portugal, no es hombre de intereses, sino de ideas; lo mismo son, en Francia, Flandin y Caillaux; lo mismo son Mussolini o Hitler.

Vivir de las aduanas, de las cajas y de los impuestos, es un vicio creciente. Ya el Presidente Pérez, refiriéndose a la salida de minerales, no nuestros, decía: "Yo los espero en la puerta".

Hace un siglo, en octubre de 1835, cuando tuvo nuestro país el mayor número de grandes hombres hispánicos, creó Portales la Ley de Cabo

taje. En 1858 nuestra marina mercante contaba 260 naves y un tonelaje de 62.210 toneladas. Cada tonelada de entonces equivalía por diez de ahora. Sin embargo, actualmente, nuestra marina de comercio reúne 89.834 toneladas, sin relatividad. El aumento de un 40% en un siglo es en realidad retroceso. ¿Por qué? En parte, a causa de la distribución demagógica de la riqueza pública. Así, veremos que esta marina exigua existe ahora, cuando nuestro presupuesto ha subido de 10 millones, en tiempos del Presidente Pérez, a 1.170, sin contar el servicio de la deuda externa. Nuestro presupuesto es superior al circulante y al volumen de los negocios, o sea: es un presupuesto negativo, engendrador del marasmo y la muerte.

En 1835, hace un siglo, el país regresó a la salud colonial. Bello fue tildado de colonial. Contó la nación con una *élite* colonial de diversa índole: Bello, Portales, Mora, Egaña, Montt, Irisarri, Arteaga... De este conjunto admirable de vitalidad y genio, triunfó la parte más colonial, o sea, la parte disciplinada: Bello, Portales, Egaña, hombres fecundadores, espirituales, no de intereses, cuyas ideas y hechos fecundaron a la matriz chilena. Bulnes y Montt continuaron la obra fecundante. Portales, aunque fue hombre de empresas comerciales, sacrificó sus intereses por la patria, y le dio la vida.

Afortunadamente, Bello se encontró entonces con un terreno dócil, de orden estrictamente maternal o receptivo. Sus ideas fueron incorporadas, originando esta cópula espiritual escasa resistencia. Es raro el caso, y se debe, además de la superioridad que irradiaba, a la perspicacia de Bello, quien adivinó el carácter chileno y dio a cada amigo político la sensación de ser su igual o inferior, y a su vasta obra una calidad de empresa en colaboración con el medio. Si el escritor carece de esta perspicacia y sumisión, será materializado por la sociedad y su obra se usará como instrumento de intercambio monetario. El impulso creador, esto es, las ideas fecundantes de los escritores vaticinadores o previsores, serán adoptadas sin reconocérseles el mérito de la fecundación y pasarán a ser propiedad de los figurones y de la masa. Rara vez el iniciador ideal es reconocido en tierras que carecen del sentido de propiedad o tesoro personal que encierra el espíritu creador de índole literaria. No basta ser engendrador, sino que es preciso que la paternidad sea reconocida. En tal caso, Bello es excepcional en su calidad de padre legítimo y venerado, lo cual consiguió precisamente fingiéndose simple colaborador. Bello logró dominar en su época al quintralismo, la crueldad social, y al carrerismo, esto es, a los caudillos para quienes el país

constituye su latifundio y que lo aman a condición de ser amos autocráticos, o ansían su ruina si otro amo se les sobrepone. Solamente hombres coloniales, médicos expertos en males de mestizaje, pudieron ser capaces de vencer las dos fiebres iberoamericanas: quintralismo y carrerismo. Notemos que la Quintrala es fruto típico; se llama doña Bárbara, en el norte; Carrera es común desde México a Magallanes, en su defecto principal, anulador de sus méritos, que por ello mismo vemos como secundarios.

Resurrección y conservación del tipo colonial, fuste y piedra angular de nuestra existencia, se imponen. Sólo así se robustecerá al pueblo, no por vías legales, cual pretende la caridad femenoide, sino por el rigor: la limpieza; el salario, compartido con la esposa; la obligación hacia el hijo; la extirpación del alimento alcohólico; la vestimenta decente impuesta. En lo misterioso y subconsciente no hay un chileno saludable que no ansíe conservar ese fuste colonial o riqueza fisiológica, heredada de lo mejor de España. Aun ciertos aspectos sospechosos, ridículos o extravagantes, de la sociedad, supervivientes en ciudades pequeñas y aisladas, de gran estilo antiguo, son formas destinadas a perpetuar el tipo biológico superior, tales como la separación de clases en la plaza de Talca

En esta ciudad, la más española del país, dicen sus nativos que está enterrada la camilla de Don Quijote. Y en parte es verdad: ahí, cerca del Piduco, hay una camilla del héroe por excelencia, de Quijano el Bueno, cubierta de tierra. Lo que hay es un entierro de tesoros hispanos que esa sociedad, perdida en los confines australes del mundo, guardó celosamente. El chiste se ofrece a manera de símbolo. Si en la plaza de Talca hubo zonas para tres clases sociales: decentes, siúticos y plebe, ello sólo pudo tener lugar en el anhelo de selección y progreso hacia el lado español. La sociedad talquina, orgullosa y estricta, hasta bordear el vodevil, no es más merecedora de reproches que el hidalgo santiaguino, de cepa vasca o castellana, que bucea en su árbol genealógico y construye el chalet del barrio alto y pone en cada ventanuco su escudo de familia; ni es más vituperable que el indigena de Boroa, cuando se bate a muerte por la posesión de indias rubias. Aquellas personas incapaces de ahondar en las causas de los hechos, sonreirán recordando la forma pacífica, sin muertes, en que se operaron las revoluciones, o la revolución chilena, desde 1920. ¿Y por qué? Porque no nos despedazamos. Estaban en pugna el Ejército –honor y disciplina– contra la sociedad. De ahí sus vacilaciones para embestirse, que recuerdan de manera

patética el caso de las abejas de Macterlinck, cuando se baten a muerte. Las dos reinas están frente a frente, amedrentadas; se lanzan una sobre otra con *toda clase de precauciones* para no cusarse mutuamente, lo cual traería la tragedia irremediable: la ruina de la especie.

Lo único justificable en las revoluciones es el nacimiento de un ideal, de una ilusión, de una nueva fe. De ilusiones sin dogma, de manera que puedan girar, evolucionar, durar. En este punto estriba la superioridad de Mussolini: no encerró a Italia dentro de un marco de hierro, sino dentro de la aurora volátil inmaterial, gaseosa, de las fecundaciones en perpetuo cambio, en vista al progreso, a la ascensión y a la luz. Lenin, Mussolini, Hitler, han hecho pueblos en marcha de aquellas densas masas humanas destrozadas por el escepticismo, la rutina y la fatiga. Haya de la Torre es invencible por la inmaterialidad de sus anhelos; no hay un peruano puro que no le prefiera al pantano legal del civilismo, estático, sin ilusiones.

Quisiera hacer uso de las partes más sanas de mi ser para encontrar el valor hondo y total de lo chileno, huyendo de la manía de comparar y de señalar causantes de un estado fatal. No encontraremos jamás a alguien que se atreva a ser apologista del pije, del futre o de las niñas ecu-

treras. ¿Por qué? ¿Acaso son aberraciones del cuerpo social? Frutos del árbol chileno son el roto, el pije, el Ejército, el nacismo, el socialismo, la milicia, el pechoñismo, el deporte, la prostitución. ¿No sería mejor pasear una mirada comprensiva y de conjunto sobre ese mar de valores? La prostitución es en Francia, Alemania y Austria uno de los alcates del comercio de calidad; es un valor nacional cuando se presenta en la forma natural de la sensualidad sana, aventurera, exuberante, alegre y trashumante. La moralina no destruye a la prostitución o vida galante; lo que logra, atacándola, es volverla malsana, degenerada y nociva. La gran vida galante es propia de países espirituales, próperos y de garra. Chile contiene este verdadero valor en germen, destrozado periódicamente por el confusionismo de autoridades y la ignorancia de la filantropía privada. El resultado se revela en la forma de recrudecimiento de las enfermedades venéreas. Si el filisteo adicto a la moralina viajera, y de repente, en el confín de las sierras bolivianas, en un pueblacho cualquiera, se encontrara a una chilena semihuasa, que revolucionó a ese pueblo y lo hizo vibrar, a ese pueblo en donde es la única en su género, entonces comenzaría a comprender el desatino consistente en destrozar a la buscona, a la heroína de lo más hispano entre

lo hispano: de la *Celestina*, del *Gil Blas* y del *Buscón*. Hagámonos comprensivos y humanos, volviendo a la polarización esencial fecunda y divina del Adán español y de la Eva india.

Para ello debemos, en primer lugar, volver la mirada a nuestros *médiums* o antenas, a los iniciadores que cogen las ondas estelares en el propio terruño. Es de rastacueros renegar del arte nacional, o decir: "Nada de lirismos". ¡Error profundo! Decir "nada de lirismos, ni de literatura", es una de las formas de la hombría tabernaria encarnada en los personajes oficiales. Es creerse muy machos por el hecho de exclamar: "¡Yo no sueño!", y por eso plagian, no los sueños recibidos por nuestros médiums, sino por los médiums europeos. . . , y el país se vuelve un guirigay en la maraña de leyes imitadas, de costumbres ajenas incorporadas. En 1922 decíamos en el diario que si dos funcionarios fueran enviados en misión a Siberia, nos traerían la novedad del trineo.

Indice

Prólogo 9

Mensaje de Haya de la Torre a Joaquín Edwards Bello 17

PRIMERA PARTE

Qué piensan de nosotros en Europa 25

¿Es el norteamericano superior al iberoamericano? 35

América vasalla 47

SEGUNDA PARTE

1800-1934 57

Diferencia del Norte y del Sur 73
El imperialismo chileno o el sentido del tiempo y las proporciones 77
El suicidio de Europa y el renacer de América 83

TERCERA PARTE

Elogio de la tienda española 93
Dos de mayo 103
La fuente de la teja 109
Literatos españoles y política 121
Crueldad, sadismo y selección 129
Milicia republicana, nacismo y aprismo 151
Escritores, césares y caudillos 157
Quintralismo y carrerismo. Conclusiones 181

Este libro se terminó de imprimir
el 23 de octubre de 1968
en los talleres de la
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Av. Santa María 076.
SANTIAGO DE CHILE.

El carácter político que tiene "Nacionalismo continental" evita todo comentario. Muchos años antes de que se plantearan con claridad los problemas relativos a la integración latinoamericana, el ensayista cronista chileno sabía pues, discutir los asuntos, buscar las orgánicas posibilidades de unidad y ver las posibilidades de América.

En este instante, "Nacionalismo continental" tiene una actualidad tal, que su lectura resulta indispensable para tener una noción clara de lo que es este continente en marcha.

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE